8148

ANTONIO F. LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

Fernández

El Palacio de la Marquesa

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

A. TESTONI

ADAPTADA A NUESTRO IDIOMA Y COSTUMBRES



Copyright, by A. F. Lepina y E. Tedeschi, 1917

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

8



EL PALACIO DE LA MARQUESA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PALACIO DE LA MARQUESA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

A. TESTONI

adaptada a nuestro idioma y costumbres por

Antonio F. Lepina y Enrique Tedeschi

Fernández

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 2 de Enero de 1917

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NUMERO 551

1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MARÍA, de 45 á 50 años, madre de	María Brú.
ANGELITA, 20 íd. y	Sra. Banquer.
JULIA, 25 íd	A. María Banquer.
DOÑA BENITA, esposa de D. Tomás	Sra. Valls.
LA TÍA PEPA, de 45 á 50 años	Pilar Pérez.
MARGOT, 25 íd	Margarita Díaz.
PAULINA, criada, 20 íd	Felisa Torres.
ROSA, ídem, íd	Pilar Roig.
DON FELIPE, de 45 á 50, esposo de doña María	Luis de Llano.
ENRIQUE, marido de Julia	Sr. Hernández.
DON TOMÁS	Sánchez Bort.
PACO, 25 años, hijo de la tía Pepa	Navarro.
RAFAEL, novio de Angelita	Torrecilla.
EMILIO	Llano (M.)
ANTONIO, criado	González.

La acción del primer acto en Madrid y la de los restantes en un pueblecillo del Guadarrama

Nota.—Se ruega a los directores de escena que no hagan ningún corte ni supresión en el diálogo y que cuiden mucho todos los detalles del servicio y juego escénico.

ACTO PRIMERO

Comedor en casa de los de Pino, familia de la clase media.

Juego de aparador, trinchero, mesa y sillas de roble claro, moderno, pero modesto.

Una puerta en el foro, que es la más inmediata al recibimiento, y otra en la derecha. En la izquierda balcón.

En la habitación hay un pintoresco desorden. La mesa y las seis sillas y una «chaise-longue» sustentan toda clase de ropas femeninas y masculinas, sombreros, calzado, líos, cajas, etc., etc.

Dos baules abiertos, dos maletas, cestas y cajones.

Los objetos precisos para el juego escénico se indican en el diálogo.

Es de día.

—

(ANGELITA aparece escribiendo en un extremo de la mesa. DOÑA MARÍA entra por la derecha trayendo varias prendas de ropa blanca.)

María ¿Aún no has terminado de poner las tarjetas de despedida?

Ang. Mamá, ¡si es que llevo cincuenta y dos!

María ¿Has puesto a los de Arnedo?

Ang. Aquí está.

María Para que vean que no son ellos solos los que pueden veranear. (Leyendo una tarjeta.) «Felipe Pino y María López de Pino, se despiden para la Sierra.» Debías haber puesto para sus posesiones del Guadarrama.

Ang. Me pareció demasiada frescura.

María (Repasando los sobres.) Carlota... Andrés de Castro... las de Pérez...

611719

Ang. Ya creo que no falta nadie. De las de Valcárcel y de doña Carlota nos hemos despedido.

María No importa, mándales también tarjeta por si se les ha olvidado. ¿Has repasado el libro de señas y la bandeja de tarjetas de la sala?

Ang. Aquí está. (Toma un puñado de tarjetas de un antiguo tarjetero de latón y cristal.) «Antonio Maura, el Obispo de Madrid Alcalá, Melquiades Alvarez...» Todos los que felicitais el día de su santo no sé a santo de qué.

María A santo de que las visitas, al curiosear, sepan con quién nos tratamos. ¿Has escrito a la sombrerera?

Ang. No.

María Pues dile: (Dicta.) Nos marchamos a la Sierra. No hemos pasado a pagarle a usted por no tener...

Ang. ¿Cómo?

María Por no tener tiempo y por tratarse de un piquillo insignificante...

Ang. ¡Treinta y seis duros!

María Que abonaremos a nuestro regreso en noviembre.

Ang. ¿Vamos a estar en la Sierra hasta noviembre?

María No; pero vamos a estar sin dinero hasta Nochebuena.

Ang. Ya está.

María Pues guarda todo esto y a ver si vamos arreglando los baules.

Ang. Yo estoy esperando a la chica. ¡Dos horas hace que se marchó a los recados! (Timbre dentro.)

María Esa debe ser. (Mutis para volver con PAULINA, que trae una cesta llena de paquetes y otros varios en la mano) Hija, ni que hubieses ido a Pekín.

Pau. ¿Que he tardao? Pues no me he entretenido con nadie y he ido bien ligera; pero hay qué ver todo lo que traigo. He corrío Madrid de punta a punta. (A Angelita.) ¿Verdá usté que no he tardao?

Ang. Déjeme a mí de eso. (A su madre.) ¿Qué se le dice a la profesora de piano?

María Que para no andar con picos se le pagará al regreso.

Pau. (Que va sacando paquetes de la cesta.) El de la tienda de ultramarinos me me ha dao recuerdos.

María Es muy fino el pobre.

Pau. Y me ha dicho que lo siente mucho, pero que hasta que no le paguen ustedes la cuenta no da ni un garbanzo más.

María Es un sinvergüenza... Todavía que tenemos la consideración de hacerle a él el pedido para los meses que vamos a estar fuera... Y el de la salchichería, ¿te ha dado todos los embutidos?

Pau. ¡Y un jamón!

Ang. Dos, te dije que te diese dos y lo apuntase todo.

Pau. Me ha dicho que está cansado de apuntar y que va a venir a disparar como no le paguen ustedes?

Ang. ¿Y no te ha dado nada?

Pau.. La cuenta para que no se les olvide a ustedes.

María Pero, ¿tú has visto algo más desconsiderado que el comercio de este barrio? Y ahora, ¿cómo cerramos los cajones sin meter los comestibles? De un momento a otro vendrá con el carro el paleto que ha de recogerlos.

Ang. (Recogiendo de mal humor las tarjetas y el servicio de escribir.) ¡Siempre lo mismo! ¡Qué agobio!

María Por lo menos la modista supongo que habrá quedado satisfecha.

Pau. ¡Anda, buenas las ha puesto a ustedes! ¿Quié usté que la repita to lo que decía?

María Sí, pero prescinde de las palabras malsonantes y de las frases ofensivas.

Pau. (Después de una pausa.) Pues no tengo nada qué decir. Aquí está la factura con lo apuntao que ha recibido a cuenta.

María Repásalo, Angelita, a ver si está bien, que a esa gente la gusta abusar y aprovecharse de todo.

Ang. (Repasando la factura que está viejísima y rota por los dobleces.) Diez de enero, cinco pesetas; tres de marzo, diez pesetas; siete de julio, cinco pesetas.

María Son veinte... Me parece que de una cuenta que no llega a doscientas... No todas las parroquianas harán lo mismo.

Pau. Eso de seguro, porque habría cerrao el taller.

María ¿Qué ese so? ¿Quién la manda a usté meterse en lo que no la importa? ¡Vaya usted a la cocina! (Vase la criada murmurando.) ¡Bendito sea Dios, qué de quebraderos de cabeza y qué de preocupaciones le cuestan a una los hijos!

Ang. ¡Mamá!...

María Sí, hija, sí; porque antes por tu hermana y ahora por ti vivimos en continuo sacrificio.

Ang. Pero el día que yo me case con Rafael se acabaron todos los apuros y todos los sacrificios.

Fel. (Por el foro.) Abajo hay un paleto con un carro preguntando por nosotros.

María Será el criado que manda la Marquesa.

Fel. ¿Qué Marquesa?

María La señá Pepa; en toda la Sierra la conocen por la Marquesa. Quedó en enviarme un criado con un carrito para llevarse por la carretera todo el equipaje al hotel.

Fel. ¿Al hotel? ¿No habíamos quedado en que eran tres habitaciones en una casa de labor?

María Hombre, con lo que es la gente hay que decir que hemos alquilado un hotel.

Fel. Ah, pues por mí, como si quieres decir que es un palacio.

María Bueno, ¿te han hecho el préstamo por fin? ¿Lo has arreglado todo?

Fel. Sí, mujer; pero déjame tomar aliento. Ahora mismo vengo del Banco ese...

María Pues trae el dinero.

Fel. Calma, hija, calma; tienes que comprender que quinientas pesetas se acaban muy pronto. ¡Pero qué quinientas pesetas! A bastante se han quedado reducidas con los intereses, que me cobraron al tirón, como ellos dicen, el seguro de vida...

María ¿Qué falta te hacía asegurarte la vida?

Fel. A mí ninguna, pero a ellos les hacía falta

asegurar el cobro en caso de muerte. También he tenido que hacerme accionista de La Mutual prestataria para poder efectuar la operación.

María Pero, cuánto te ha quedado?

Fel. Del Banco salí con cerca de ochenta duros, pero he tenido que pagar al vinatero...

María ¿Qué prisa te corría?

Fel. A mí ninguna, pero se lo tenía prometido. Me ha visto pasar...

María Es un vicio que se tiene que acabar.

Fel. Por mí... apenas bebo...

María Digo el de surtirse en comercios de la misma calle en que vive uno... Vete a una tienda de ultramarinos y a una salchichería y compra todo lo que hay aquí apuntado. Págalo y vuelve en seguida.

Fel. Voy. Guarda esto. (Le da una cesta de mimbre con seis botellas de vermut.) Son seis botellas de vermut.

Ang. ¿Y qué falta hacía esto?

Fel. Me lo hizo tomar a la fuerza el vinatero al liquidar la cuenta.

María No te olvides de que como la Marquesa viene hoy a Madrid, hay que pagarle adelantado el alquiler del hotel. Cincuenta duros.

Fel. ¡Mira que cincuenta duros por tres habitaciones en una casucha de un pueblo!

Ang. Como la Sierra se ha puesto de moda... Ocho mil reales les cuesta el hotel en Cercedilla a las de Zambrano.

Fel. ¡Dichoso veraneo!

Ang. Pronto empiezas a renegar.

Fel. Es que este año, tal como se han puesto las cosas, se podía haber prescindido...

Ang. ¡Claro, para que todo el mundo dijese que no salíamos por no tener dos reales.

Fel. Y no mentían.

Ang. En una posición como la nuestra no se puede hacer eso. Para no veranear hay que tener muchísimo o dinero no tener absolutamente nada. Las del entresuelo se han ido a Santander, doña Fabiana, ya ves cómo anda, pues se marcha a Galicia... Yo que me voy a casar con un muchacho riquísimo, que

ahora emprenderá su excursión anual por el extranjero, me parece que no es cosa de que me quede en Madrid como una cursi...

Fel. No es eso...

Ang. A fe que con Julia, que no se ha casado como yo puedo casarme, no hacíais eso, que hasta dos años fuimos a San Sebastián por ella.

Fel. No me lo recuerdes... ni se lo recuerdes a los donostiarras.

Ang. Pero conmigo se estrella todo, yo tengo que pagar todas las culpas. (Lloriquea.)

María Vamos, hija, no llores ahora que va a venir Rafael, y no es cosa de que te encuentre con los ojos como dos caracoles.

Ang. Si quieres que nos quedemos en Madrid, nos quedamos, pero te advierto que yo no piso la calle ni me asomo a un balcón. ¡De mí no se ríe nadie! ¿Que se desbarata mi boda con Rafael? ¡Qué le vamos a hacer! Yo sé de sobra que desgraciada he nacido y desgraciada he de morir, así es que cuanto antes suceda, mejor. (Vase muy enojada.)

Fel. Pero, ¿te parece, mujer? ¿Hay motivo para que se ponga así? ¡Cuidado que se necesita valor!

María Lo que se necesita es tener un poco más talento del que tú tienes.

Fel. ¡Muy bien! Empieza tú ahora.

María Claro que empiezo. Debieras hacerte cargo de que si Rafael se diera cuenta de nuestra verdadera posición saldría haciendo fú como el gato, que los hombres de hoy día no son tan tontos como los de hace treinta años.

Fel. ¡Muchas gracias!

María Me parece que no tenemos derecho a hacer perder a nuestra hija un partido tan brillante y a perder nosotros la esperanza de salir de esta situación.

Fel. ¡Jesús, casar a una hija en nuestra clase es algo así como ganar una oposición! ¡Qué!, peor aún. En la forma en que se hace, parece que se trata de cometer una estafa o de fraguar un complot... Mentiras, asechanzas...

Pau. (Por el foro.) Señora, ¿podemos cerrar ya el cajón que hay en la cocina?

María No, que aún hay que guardar la vajilla.

Ang. (Entra muy enojada, llevando en la mano un traje y un sombrero de verano.) A ver dónde se puede meter esto.

Fel. (Mirando el interior de un baúl.) Aquí puede ir con tal de apretar algo.

María ¡Hombre, que son vestidos! Buenos se pondrían. Anda, vete a esos encargos, y toma, da esas cartas a tu amigo Mauricio para que las eche por el Congreso.

Fel. ¡Qué atrocidad! ¿Es que habeis impreso una circular diciendo que os vais?

María ¿Quieres dejarnos en paz y hacer esos encargos?... A ver cómo te las arreglas para traer todo lo que llevas apuntado y que te quede para el alquiler y los billetes del tren.

Fel. ¡El milagro del pan y los peces! ¡Dichoso veraneo! (Mutis por el foro.)

María Tú, Angelita; vamos a recoger la ropa de cama, que aún no está guardada, y todo lo que ha traído la planchadora. (A Paulina.) A ti que te ayude el hombre ese que ha venido del pueblo, a ver si acabas de guardarlo todo, que la hora se echa encima.

Ang. Rafael no tardará en venir y nosotras con esta revolución... (Vase por la derecha.)

Pau. Lo que es yo no sé por dónde empezar. (Llamando hacia el foro.) Buen hombre, entre usted por aquí.

María ¿Has metido el gato en el saco?

Pau. (Indicando un saco que hay sobre una butaca.) Ahí esta.

(Vase doña María.)

Ant. (Joven campesino. Por el foro.) ¿Se pué?

Pau. Entre, hombre.

Ant. ¿Qué hay c'hacer?

Pau. (Arrodillándose ante un baúl.) Por lo pronto, vaya haciendo todo lo que yo le diga.

Ant. Si no es mu difícil, güeno.

Pau. Es que no tiene usté nada de listo, ¿no es eso?

Ant. Mu poco. A mí no me gusta engañar a naide. Las cosas fáciles no las entiendo hasta la segunda vez que me las dicen.

Pau. ¿Y las difíciles?

Ant. Me las tienen que apuntar por escrito.

Pau. ¿Sabe usté leer?

Ant. No, pero voy en ca el estanquero, él lo lee y me hace lo que sea!

Pau. ¡Ay, qué bueno! Oiga usté, ¿es bonito el pueblo a dónde vamos a veranear?

Ant. ¿Pinares Nuevos? ¡Anda, mejor que París y casi tan güeno como Madril!

Pau. Deme eso. (Le indica una prenda.) ¿Y es buena la casa?

Ant. La mejor del pueblo; ¡como que la llaman el Palacio!

Pau. Déme aquella echarpe.

Ant. (Después de girar sobre sí mismo.) ¿La echaqué?

Pau. La echarpe, la estola que está sobre la *ses-long*.

Ant. (Después de dar otra vuelta.) Ya le he dicho que las cosas fáciles...

Pau. ¡Ay qué bueno! ¿A que se lo voy a tener que poner por escrito?

Ant. No, no se canse usté, porque aquí no me conoce el estanquero.

Pau. Aquello que está allí... Eso.

Ant. ¡Pues no le dan ustés nombres raros que digamos a una bufanda! (Coge un sombrero de señora, sin muchos adornos, y que se pueda encasquetar.) ¿Quié usté también esto?

Pau. No, eso déjelo ahí.

Ant. ¡Repiña, y qué cosas gastan en Madril Paece talmente el morrión de un primo mío de caballería. (Se le pone.) ¿Te gusto así, muchacha? (Se ríe estúpidamente.)

Pau. A ver si le estropea usté. Deme el pijama del señorito. (Antonio gira.) ¡Aquel traje de casa!

Ant. ¡Qué afán de ponerles motes a las cosas!

Pau. Mire, arrodíllese ahí delante de ese baúl y vaya sacando todo lo que hay para meter en el fondo la ropa de cama que no se estropea.

Ant. ¿De este? Güeno. (Se arrodilla delante del baúl que estará en la izquierda paralelamente a la batería. La tapa abre hacia la escena.)

Pau. ¿Tendrá usté novia en el pueblo?

Ant. Tenía una, pero estamos reñíos y si usté quiere no hacemos las paces.

Julia (Por el foro.) Pero, ¿no hay nadie?

Pau. (Levantándose.) Buenos días, señorita Julia. Es que hemos dejado la puerta abierta para sacar los baúles.

Julia ¿Dónde está mamá?

Pau. Me parece que está en el gabinete. Voy a llamarla. (Sale corriendo y al pasar deja caer la tapa del baúl sobre Antonio que queda con la cabeza dentro.)

Ant. (Con voz que parece salir del fondo de una caverna.) ¡Repiña, no gastes bromas!

Julia ¿Eh? (Antonio levanta la tapa del baúl y surge de detrás de este conservando puesto el sombrero.) ¡Ah!

Ant. Servidor de usté, señorita.

Julia ¡Ay!

María Pero, ¿qué te pasa? (Deja sobre la mesa una pila de sábanas.)

Julia ¡Ese hombre que estaba dentro del baúl!

Ant. La caeza na más, señorita.

María ¿Y por qué se ha puesto usted mi sombrero?

Ant. Una groma, señorita.

María ¡Quítese usted eso! Paulina, ayúdale y llevaros ese baúl a la cocina y allí se cierra. (Paulina deja sobre la mesa una pila de camisolas planchadas y se va por el foro con Antonio llevándose el baúl.)

Julia Por si Enrique no quería que bajásemos a la estación he venido a despedirme. (Se quita el sombrero.) Os ayudaré a cerrar los baúles.

María ¿Y el niño?

Julia Cada día peor. La tos no se le quita con nada y no puedo enviarle al colegio por si es tos ferina.

María Pobrecito. ¿Y tu marido?

Julia Más loco que un cencerro según costumbre. ¡Me tiene mártir, te digo que mártir!

María Ya salieron tus exageraciones. Dóblame esa falda.

Julia ¿Exageraciones? ¡Claro, como no ves las escenas que me da con sus estúpidos celos! ¡Como si yo le diese motivo! ¡Bonita vida la mía! (Llora.)

María Hija, no llores...

Julia Déjame que me desahogue.

María Pero no llores sobre la falda, que me la vas

a manchar. ¿Qué dice el médico de Enriquito?

Julia — Que el cambio de aires le sentaría muy bien. Oye, se me ocurre una idea. ¿Por qué no me hacéis el favor de llevárosle a la Sierra quince o veinte días? Le sentaría a las mil maravillas y se le curaría la tos.

María — ¡Qué más quisiera yo! ¿Pero sé si habrá sitio? Como sólo nos ceden tres habitaciones. .

Ang. — Más camisas de papá y más sábanas. (Aumenta las pilas de ambas cosas que hay sobre la mesa.) Hola, Julia; ¿cómo está el niño?

Julia — Peor de la tos.

Enr. — (Por el foro, con modales bruscos.) Buenas tardes. Ah, ¿estás tú aquí? Hola, Angelita.

María — Hola, Enrique.

Julia — Ya te dije que vendria aquí.

Enr. — He ido a casa y no estabas.

Julia — Y por si no era verdad que había venido a casa de mi madre has echado a correr... ¡Parece mentira!

Enr. — He venido a despedirme de tus padres. Eso es todo.

Julia — Sí, sí; el que no te conozca que te compre.

Enr. — Bueno, en último caso si hubiera venido a buscarte estaba en mi perfecto derecho; ¡creo yo!

María — Pero, hijos míos, ¿es que como siempre habéis venido aquí para regañar?

Enr. — Yo maldita la gana que tengo de incomodarme, pero es que desde algún tiempo a esta parte su hija de usted tiene unos humos...

Julia — ¿Humos yo? Tú eres el que se está poniendo inaguantable.

María — Mirar, hijos míos, si vuestro mal humor es debido a la enfermedad del niño, no tenéis que apuraros; se viene Julia con él a la Sierra y todo arreglado. Todo es que durante unos días estemos un poco más estrechos.

Enr. — Es que yo no puedo dejar la oficina.

María — Vas los domingos a vernos. Estando Julia y el niño con nosotros puedes estar tranquilo.

Pau. — (Foro.) Ahí están los señores de Martínez.

Julia — ¿Los de Martínez?

María — ¡Qué oportunidad de visita! ¿Les has dicho que estamos?

Pau. — ¿Y yo qué sabía?

María — ¡Eres tonta!

Enr. — ¿Qué gente es esa?

Julia — Los que nos regalaron aquella licorera tan cursi que regalamos a la Esperanza.

María — Vienen a fisgar para luego contárselo a todo el mundo. Decirles que estamos muy atareados a ver si se marchan pronto. Vamos allá dentro.

(Se marchan todos por la derecha menos Paulina que hace entrar por el foro a los de Martínez.)

Tomás — ¿No te decía yo que estarían con los preparativos?

Ben. — (A Paulina.) Pero, ¿es hoy la marcha?

Pau. — Sí, señora; ya ve usté qué revolución.

Tomás — Diga a las señoritas que por nosotros no se molesten, que somos de confianza.

Pau. — Siéntense ustedes. Voy a decírselo. (Mutis derecha.)

Tomás — (Después de mirar a todos sitios y ver que no hay ni una silla vacía.) ¡Como no nos sentemos sobre la mesa!..

Ben. — Mira, este es el comedor que han sacado a plazos.

Tomás — Es bonitillo, pero endeble, de tente mientras cobro, como se suele decir.

Ben. — ¡Ah, pues si es así, les va a durar toda la vida!

Enr. — (Con un paquete que deja sobre la mesa con violencia.) ¡Perfectamente!

Julia — ¡Pues perfectamente! ¡Ah, los señores de Martínez! ¡Qué alegría tan grande!...

Tomás — ¿Qué tal, Julia?

Ben. — ¿Este caballero es su esposo?

Enr. — Servidor de ustedes.

Julia — Perdonen este desorden.

Ben. — Venimos a importunarles...

Enr. — Como nos vamos al campo...

Tomás — Ah, ¿va usted también?

Enr. — ¿Yo? ¡Quiá! Yo veraneo en la oficina para desengrasar. La señora es la que se va de veraneo; el marido se queda en casa para ocuparse en las labores propias de su sexo.

Julia — Si te molesta quedarte solo se lo podías haber dicho a mamá.

Enr. — ¿Qué iba a decir si lo tenías ya arreglado todo con ella?

Julia — Eso no es verdad. Papá ha sido quien...

Enr. — ¿Tu padre? ¡Vamos, déjame que me ría! ¡Como si no conociese yo a tu padre!

Julia — ¿Qué tienes que decir también de mi padre, vamos a ver?

Enr. — Lo que tengo que decir me lo callo, pero lo que sé es que os vais al campo para poder hacer lo que os dé la gana.

Julia — ¡Esto es una tiranía insoportable, insoportable! Tienes un carácter que no se puede aguantar y yo no le aguanto. (Va tirando al suelo con rabia las camisas apiladas sobre la mesa.) ¡Estoy harta, harta!

Enr. — Y yo estoy más harto todavía y no aguanto más intemperancias ni tuyas, ni de tu madre, ni de tu padre, ni de tu hermana, ni del lucero del alba. (A cada frase arroja al suelo una camisa de sobre la mesa. Cuando terminan con las camisas la emprenden con las sábanas.)

Julia — Lo que estás haciendo es de muy poca educación. (Tira más prendas.)

Enr. — Yo hago lo que me da la gana. (Tira otra cosa.) Por no tiraros a toda la familia por la ventana, así, así y así. (Acaba de tirarlo todo al suelo y vase resoplando por la derecha.)

Julia — No, a mí no me vienes tú con gritos y escándalos para salirte con la tuya. (Vase tras él.)

Tomás — (Después de mirar a su mujer.) ¿Sabes que hemos sido oportunos?

Ang. — (Entra cargada con varios libros.) ¡Ah, los señores de Martínez, qué sorpresa tan agradable! (Da la mano a don Tomás y se le cae uno de los libros que él se apresura a recoger; cuando está haciéndolo, Angelita da la mano a doña Benita y todos los libros caen sobre la cabeza de don Tomás.) ¡Ay!

Tomás — ¡Caracoles!... Y perdone usted lo tabernario de la expresión.

Ang. — ¿Le he hecho a usted daño? ¡Pobrecito, he dejado caer sobre su cabeza todos mis libros de canto y piano!

Tomás ¡De canto, todos de canto!

Ang. Pero siéntense ustedes. ¡Jesús, parece que se ha librado aquí una batalla!

Tomás Ha habido principios.

María ¡Tanto bueno por esta casa! ¡Doña Benita, cuánto gusto! Don Tomás... (Besos y abrazos.) Pero, siéntense ustedes.

Tomás (A doña Benita.) Pero, ¿dónde querrá esta familia que nos sentemos?

María Niña, desocupa unas sillas. Quite eso, doña Benita, hágame el favor.

Tomás Yo en cualquier parte, aquí mismo. (Se sienta sobre el saco que encierra el gato. Este lanza un maullido espantoso.)

Ang. ¡Ay, mi «Mimí»!

Tomás (Asustadísimo.) ¡Mi... mi... mi madre! ¡Qué susto me ha dado!

María Saca el gato, Angelita, a ver si le ha pasado algo.

Tomás ¡Señora, que va a salir hecho una furia!

Ang. Le llevaré a la cocina y Paulina se encargará de verle. (Se lleva el saco con el gato que no cesa de bufar y maullar.)

Tomás ¡Pues sí que va el animalito para una interviú! ¡Pobre muchacha!

Fel. (Por el foro, embarazado con muchos paquetes.) Traigo media salchichería.

María (Saliendo a su encuentro.) ¡Calla! Mira quién está aquí.

Fel. ¡Caramba, don Tomás y su señora! Siéntense ustedes.

María Aquí se quedan con Felipe; yo voy a ver si la muchacha guarda la vajilla en los cajones. (Al foro.) Paulina.

Fel. Vaya, vaya con los señores de Martínez. ¿Sigue usted con la afición fotográfica?

Ben. En dos meses que hace que compramos la máquina lleva impresionadas dos mil setecientas placas.

Pau. ¿Llamaba la señora?

María A ver si se olvida la vajilla. Llévatela a la cocina.

Pau. En seguida. (Se va llevando platos del aparador.)

María Con el permiso de ustedes yo voy a dar una vuelta por ahí dentro. (Mutis derecha.)

Tomás Con nosotros no gaste usted cumplidos.

Fel. ¿Y en qué ha hecho usted ese derroche de placas?

Tomás Mi especialidad es el paisaje y los grupos de familia. Por cierto que ustedes nos faltan en la colección. Mire usted qué preciosidad he hecho ayer de la familia de Caballero. (Le enseña una prueba fotográfica.)

Fel. El matrimonio abrazándose... Ellos que siempre están riñendo...

Ben. Yo le llamo a ese grupo el abrazo de Vergara. (Miran la fotografía.)

Pau. (Que entra de nuevo.) Antonio, venga usted a echarme una mano.

Ant. (Con malicia.) ¿A dónde?

Pau. A ver si se está usted quietecito. Vaya dándome platos

(Antonio le va dando platos que ella sostiene entre las dos manos hasta formar una pila que corona con la sopera.)

Ant. ¡Ahora sí que no me das otra gofetá!

(Mutis tras Paulina. Momento de pausa y se oye dentro un formidable estrépito de cacharros rotos. Para más efecto puede dejar caer la pila de platos a la vista del público.)

Ben. ¡Ay!

Fel. ¡Caray!

María (Sale corriendo.) ¿Qué ha pasado?

Julia (Idem.) ¿Qué se ha roto?

Pau. Nada, señorita, los platos; los llevaba todos así, me escurrí... Nada.

Fel. ¡Casi nada!

Tomás No gana uno para sustos.

Fel. Ni para vajilla.

María ¡Jesús, Jesús! Una vajilla finísima que valía un dineral.

Pau. ¡Anda, si a casi todos los platos les faltaba un cachito!

María Los habrías roto tú al fregarlos.

Julia Todas son lo mismo; unas verdaderas acémilas.

Fel. Mujer...

María Tiene razón tu hija; pero si a ti te da por defender a las criadas...

Fel. (A don Tomás.) Verá usted cómo de un modo o de otro yo pago los vidrios rotos.

Pau. Bueno, bueno, no hay que ponerse así. Yo pagaré lo que sea.

Tomás (*A don Felipe.*) Pues los va a pagar ella.

María ¡Ah, claro, pues no faltaba más!

Pau. (*A don Felipe.*) Como me debe usted tres meses me da lo que sobre y en paz. (*Vase.*)

María ¡Insolente! ¿No han oído ustedes qué manera de contestar? ¡Felipe; en seguida dale esos tres meses que a su ruego le tenías guardados!

Fel. (*A don Tomás.*) ¿No le decía a usted que lo pagaría yo?

Julia Y que se vaya a la calle.

Enr. ¿Quién te manda a ti meterte en eso?

María ¿Cómo se encuentra otra muchacha precisa mente el día que nos vamos?

Ang. (*Entrando muy deprisa.*) ¡Rafael con un amigo!

Fel. ¡Era lo único que nos faltaba!

Tomás (*Muy tímidamente a doña María.*) Nosotros no les molestamos más...

María (*Sin hacerle el menor caso.*) Vamos, hija, guarda esos paquetes en el baúl y que se le lleven.

Ang. ¡Paulina, Paulina!

María Que venga ese hombre.

Tomás (*A don Felipe*). Nosotros nos retiramos...

Fel. Que se lleve de aquí ese baúl.

María Tú, Angelita, sal al encuentro de Rafael y entretenle. (*Vase Angelita por el foro.*)

Fel. (*A* ANTONIO *que entra.*) Llévese todo esto. (*Le ayuda a sacar por el foro el baúl, en el que todos echan ropa apresurada y desordenadamente.*)

María Esos trapos, Julia, llévate eso.

Julia Dame.

Fel. (*Que vuelve.*) Tú, Enrique, bien podías echar una mano. Ayúdame.

Enr. ¡Que le ayude! ¿No tienen ustedes bastante conque le ayude a deshacerse de las bailarinas, sino que pretende también que me meta a mozo de cordel?

Fel. ¡No hables tan alto, hombre!

Ang. (*Desde el foro.*) Mamá, aquí está Rafael.

María Pasen, pasen ustedes... ¡El salchichón! (*Coge un kilométrico salchichón que ha quedado sobre una butaca y se lo da a don Felipe.*) Guárdale.

Raf. (*Muchacho elegante, algo afectado.*) Por nosotros no gasten ustedes cumplidos.

Emilio (Muchacho consagrado en cuerpo y alma a los deportes y supeditado a ellos por completo en trajes y conversaciones.) Muy buenas tardes. Felices, doña María. Desde la tarde del campeonato de foot-ball no había tenido el gusto de verla.

Raf. ¿Cómo está usted, don Felipe? (Le tiende la mano.)

Fel. (Azorado, pasa por detrás el salchichón a don Tomás y estrecha la mano a Rafael.) Bien ¿y usted?

Raf. (Presentando.) Don Felipe del Pino, padre de Angelita. Mi íntimo amigo Emilio, marqués de San Serenín del Valle.

Emilio (Estrechando la mano de don Felipe con alarde de fuerza.) Y poseedor en definitiva de la copa Gordón del kilómetro lanzado y campeón regional del tiro de pichón, que son los títulos de que verdaderamente me enorgullezco.

Fel. (Resentido de los apretones de manos.) Servidor de usted.

María (Presentando.) Los señores de Martínez, dos buenos amigos nuestros.

Raf. Tengo un vivo placer en saludarlos. Caballero... (Tiende la mano a don Tomás y éste pasa el salchichón a Benita.) Señora...

(Benita deja precipitadamente el salchichón sobre una silla.)

Fel. Siéntese ustedes. (Todos se sientan y él se deja caer de golpe sobre la silla que tiene el salchichón.) ¡Ay! (Muy asombrado.) ¡Caramba, ni que tuviese alas!

María ¡Qué torpeza de criados! Dejan las cosas en cualquier sitio...

Emilio Todos son iguales. Yo siempre tomo a risa estas cosas. Ayer me rompieron a mí una figura de Sevres, premio de las carreras de auto-ciclos, y me reí mucho.

Fel. A nosotros acaban de rompernos ahora una vajilla finísima de la China, y nos ha hecho una gracia...

María Una gracia disparatada.

(Todos se ríen.)

Ang. Unicamente lo hemos sentido porque era un recuerdo de Filipinas. La compró papá siendo Gobernador.

Emilio ¡Ah! ¿Fué usted Gobernador en Filipinas?

Fel. Al morirse mi padre nos quedamos en la mayor miseria; las niñas acababan de nacer, yo no tenía ningún recurso, y el Gobierno, en premio a los servicios de mi padre, me dió el gobierno de una modesta provincia...

Emilio Sí, sí; como mi tío Adrián se arruinó en la Bolsa, y en dos años que estuvo en la aduana de Filipinas, como tenía tanto talento, se aprovechó de tal modo que volvió riquísimo...

Fel. Hombre... yo...

Emilio ¡Ah! ¡Ya, ya! Como primo Cosme, el íntimo de Sagasta, desempeñó los mejores cargos en las Colonias y, como era tonto, el pobre murió en la miseria. Uste fué pobre y volvió sin una peseta...

Fel. No; le diré...

María No, hicimos como su tío Adrián.

Fel. Eso, como su tío Adrián. (Es más honroso ser ladrón que pobre.)

Emilio ¿De modo que van ustedes a veranear en la Sierra?

María Sí, en Pinares Nuevos.

Emilio A mí me encanta la Sierra. Los deportes alpinos son mi debilidad. En el último invierno he obtenido dos copas...

Raf. ¿Tienen ustedes algún hotel en Pinares Nuevos?

María No, el nuestro está más arriba.

Emilio ¿En San Rafael?

Fel. No, más arriba.... más arriba...

María Hemos arrendado a la marquesa su palacio en Pinares Nuevos...

Emilio ¿Marquesa de qué?

Fel. ¿De qué es marquesa, María?

María No recuerdo.

Fel. Como siempre la llamamos en confianza la marquesa, la marquesa..

María Vivimos muy apartados de la socieded y no nos preocupamos...

Raf. Tiene usted que darme las señas exactas del palacio para ir a visitarlos.

Fel. ¡No se moleste usted!

Raf. En este tiempo yo voy casi todos los días a la Sierra en automóvil, y antes de marcharme de Madrid quisiera...

Maria — Felipe, dile lo que tú piensas respecto a esto.

Fel. — ¿Lo que yo pienso?

María — Mire usted, Rafael, mi esposo piensa que en un pueblecito podrían comentarse estas visitas, y como aún no hay nada oficial...

Fel. — Eso, eso es lo que yo pensaba.

Maria — Y como la marquesa es tan mirada...

Raf. — Bien, pero una visita de cumplido, un alto en una excursión con un amigo, porque había de ir en el coche de Emilio...

Emilio — Con él gané el premio del kilómetro lanzado, verán ustedes qué maravilla...

Maria — (Medio aparte a Rafael.) No insista usted. Lo ha dicho Felipe, y en esta casa tenemos tal respeto a sus órdenes, como su carácter es tan enérgico, que le obedecemos sin replicar.

Raf. — (Levantándose y con cierta frialdad.) No insisto, pero lamento mucho... Señora... Angelita...

Emilio — Caballero, reconózcame como verdadero amigo.

Ben. — Beso a usted la mano.

(Cambio de saludos y Rafael y Emilio hacen mutis por el foro acompañados por don Felipe y doña María, que vuelven en seguida.)

Ben. — ¿De modo que éste es el novio?

Ang. — Oficialmente aún, no; pero casi casi, como ha podido usted ver. Le conocimos este invierno en una fiesta del Palace Hotel...

Fel. — Mucho me temo que le haya sentado como un tiro la negativa...

María — También tú podías haber estado más amable.

Fel. — ¡Es lo único que me faltaba oir!

Ang. — Lo probable es que no vuelva a aparecer. (Se sienta de mal talante.)

Julia — ¿Se han marchado?

María — Sí.

Julia — (Por Angelita.) ¿Qué le pasa a esta?

María — Tonterías. Se ha enfurruñado porque tu padre no consiente que vaya Rafael con su amigo a visitarnos al campo.

Enr. — Ha hecho muy bien; no faltaba mas que visitas del novio con amiguitos...

Ang. — Mira, tú te metes en las cosas de tu casa. (Se levanta enojada y se asoma al balcón.)

Tomás — Ahora sí que nos retiramos.

María Pero ¿están ustedes viendo qué modales cuando todo se hace por ella? Aún estoy por acostarme y dejarlo todo plantado.

Fel. ¡No caerá esa breva!.. Como consiguiera yo veranear en Madrid le encendía una vela a San Lorenzo, que debe ser el abogado de los que no veranean.

Tomás Don Felipe...

Julia ¿Seríais capaces de no ir después de tenerlo todo dispuesto?

Enr. ¡Qué desgracia tan grande! Es claro, no podría la señora lucirse ni coquetear.

Julia ¡Qué salida de pie de banco! Indudablemente estás loco.

Enr. ¿Loco yo? Mira, ten cuidado con lo que hablas.

(Don Tomás y doña Benita, que han intentado varias veces despedirse, deciden marcharse y salen por el foro sin decir palabra ni ser vistos.)

Julia ¿No te da vergüenza de provocar estas escenas en casa de mis padres? Es una conducta digna de un mozo de cordel. No te faltaba más que apalearme, pero todo se andará.

Enr. Da gracias a que tengo educación...

Fel. Pero, dispensa, querido Enrique ..

Enr. Usted hágame el favor de callarse... que tiene por qué callar.

María Pero ¿y los de Martínez?

Fel. Se han marchado... Ahora recuerdo que se despedían y no les hicimos caso...

María ¡Pero cómo quedamos con todo el mundo!

Fel. No me eches a mí la culpa también, que yo no he dicho esta boca es mía...

María ¡Pues por eso precisamente!

Pau. Señoritos... (Nadie la oye; doña María riñe con don Felipe, y Julia con Enrique, Angelita sigue en el balcón.) Señoritos...

María ¿Qué?

Pau. Ahí está la señá Pepa, la del pueblo.

María Pase usted. Niña, que está la señora Pepa. Felipe.

Pepa (Por el foro. Es una campesina adinerada. Para venir a Madrid se ha puesto sus mejores galas y luce varias alhajas.) ¿Dan ustés su permiso? Buenas tardes, doña María. ¿Tos buenos, verdad? Esta es la pollita. (Por Julia.)

María No, ésta es la casada. (Presentando a Enrique.) Mi yerno. También viene con nosotros.

Pepa ¡Anda!, pues no sé adonde van ustés a meterse, porque la casa ya sabe usté que no tiene comodidades...

Enr. No se apure usted, con tal de veranear les parecerá que están en el Palacio Real. En cambio en casa todo les parece malo...

María No empieces, Enrique. (Presentando a Angelita.) Esta es la pequeña, la soltera...

Pepa Que sea por muchos años.

Ang. Al paso que vamos será por toda la vida, descuide usted. Me quedaré para vestir santos.

Pepa Si yo decía...

María Déjela usted; es que está de mal humor. Ha tenido un disgustillo a causa del novio, un ricacho de la aristocracia...

Pepa ¿Con que de la aristocracia y tó?...

María No crea usted, nosotros también descendemos de gente de pergaminos y tenemos nuestro escudo de familia. Tres barras doradas en campo de gules...

Fel. Y unas bolas. Bueno, arreglaros que el coche debe estar al venir.

Pepa Yo he dicho a mi hijo que viniera aquí para ir tos juntos a la estación. ¿Cabremos?

Fel. Es de seis asientos, pero apretándonos...

María La chica y el mozo irán en el pescante. Vamos a arreglarnos. Niña, anda. (A Julia.) Vosotros no os vendréis hoy, ¿verdad?

Julia (Saliendo con ella.) Claro, mamá, tengo que hacer el equipaje y recoger toda la ròpa del niño. Mañana o pasado.

Enr. Sí, no hay que perder tiempo... (Se va tras ella.)

Fel. (A tía Pepa por no hacer caso a Enrique.) Veo que tiene usted buenas alhajas.

Pepa Cuatro arrumacos que me compró el difunto.

Fel. ¿Cómo el difunto?

Pepa Mi marido, que el pobre se desvivía porque no nos faltase na. El a fuerza de trabajo compró la casa a la marquesa y toas las tierras, con las que gracias a Dios no nos falta pa vivir ni pa echar una gallina al puchero el día que hace falta.

Fel. (Que tantea al peso el valor de una gran cadena de oro que Pepa lleva al cuello.) Caramba, caramba, no creía yo que estuviese usted tan desahogada...

Pepa Ya le dije a su señora que les alquilaba las tres habitaciones, no porque me hiciese falta sino porque tres onzas y media no son de despreciar...

Fel. Ca, hija, ca.

Pau. Señora, aquí está su hijo.

Paco (Muchacho joven, simpático, sencillo, ni apaletado ni con pretensiones de señorito.) Buenas tardes.

Pepa Pasa. Este es mi hijo, el único que me ha quedao. Este señor es el que nos alquila la casa.

Paco Servidor de usted.

Pepa Es un real mozo, ¿verdad? Talmente su padre. Yo quería haberle dao estudios, porque ande le ve usté así es mu listo, y una tie posibl s. pero a él le tira el campo como a su padre.

María (Saliendo con JULIA y ANGELITA y ENRIQUE. Llevan guardapolvos y gasas, como si se dispusieran a un viaje larguísimo. Traen numerosos bultos en las manos.) Ya está ahí el coche de la estación. (A Angelita.) Asómate así al balcón para que vean los vecinos que somos nosotros los que nos vamos. Este es su hijo, ¿verdad, Pepa?

Paco Para servir a ustedes.

María Paulina, Antonio... Vamos, bajar los baúles y recoger todo esto.

Ant. Los baúles ya están en el carro con las cajas, pero quedan dos pa el coche. (Entra el saco del gato con éste ya dentro y le deja en el suelo en sitio visible para que se le vea moverse.)

Fel. Pues andando que no sobra tiempo.

María Coge tú eso. Tú, Felipe, que te dejas el sombrero. Las cajas. Lleva tú eso, Enrique... Angelita... Paulina, cierra todos los balcones. (Gran movimiento.)

Ang. (Aparte a su madre, volviendo del balcón.) ¡Ay, qué vergüenza, mamá, abajo están el tendero y la verdulera armando un escándalo. Nos están poniendo verdes.

María Si bajamos se va a agriar la cosa y se enterará toda la vecindad y esta gente. (A don Fe-

lipe.) Dí que te pones malo; no podemos bajar ahora, el tendero y la verdulera nos van a armar abajo un escándalo.

Enr. Bueno, vamos. Si quieren ustedes que les acompañemos a la estación...

Fel. ¡Ay!... Yo no puedo.... Aguardar un poco. Me ha dado un dolor aquí... ¡Ay!... Horrible... Aquí, en este pie... No puedo moverme...

Enr. ¿Dónde?

Fel. Aquí, en un dedo de este pie.

Enr. ¡Vamos!

Pepa ¡Pobre señor!

Fel. (A doña María.) Mujer, que tú no te alarmas, parece que es de verdad que me duele y esta gente va a comprender que es mentira.

María ¡Como si yo no me preocupase cuando te duele algo! (Alto.) Siéntate. ¡Qué contratiempo!

Enr. (Aparte a don Felipe.) Eso es consecuencia de las bailarinas... A sus años...

Fel. ¿Qué dices?

Enr. Es la gota... la gota...

Fel. La gota de agua que hace derramar el vaso, ¡ea!... ¡Ay! (Se pone de pie y vuelve en seguida a fingir el dolor.)

Pau. (Entra y dice aparte a don Felipe.) Vámonos pronto, que el administrador está cobrando la casa. Ha empezao por arriba y baja ya.

Fel. (¡Caracoles!) (Se levanta de un salto.) Vamos, vamos en seguida.

María Pero, hombre, que abajo hay un peligro.

Fel. Y arriba otro. ¡Vamos, vamos!

Enr. Andando.

María El gato, que nos dejamos el gato! El saco del gato...

(Van saliendo todos por el foro.)

Pepa Los ahorros, ¿eh?

Fel. Sí, señora, los ahorros. Andando... (¡Dios mío, qué pecado ha cometido un padre de la clase media para que te ensañes así!) (Se echa al hombro el saco con el gato, que conviene sea de veras para mayor efecto, y sale el último por el foro al tiempo que cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Patio de entrada en una casa de labor de la Sierra.

A lo largo del foro una tapia de ladrillo con gran portalón en el centro, por el que se ve el campo, una carretera que atraviesa y en perspectiva un pueblecito.

A la derecha caserón de dos pisos. En el centro puerta grande, sobre la que hay labrado en la piedra un escudo. El aspecto de la casa es algo señorial, pero está bastante deteriorada por los siglos.

En la izquierda edificios accesorios cuyas tapias dan a esta especie de patio. En uno de ellos una puertecilla.

Adosados al edificio principal dos bancos de ladrillo o piedra. Flores y plantas en los rincones, y, si es posible, emparrado sobre la puerta.

En un rincón del foro, tendidas en cuerdas, dos sábanas. Algún apero de labranza.

El telón del foro, como ya se ha dicho, es un paisaje de pueblo serrano; tiene mucha luz. El resto del decorado está en la sombra en su mayor parte y su aspecto es alegre.

La acción comienza a media mañana, en julio.

—

(ROSA, muchacha de servicio de la casa, de unos veinte años, que es guapetona y disfruta de espléndidas caderas y turgente seno, sale de la derecha con un cestillo y una cantarilla, y se dirige hacia la izquierda. DON FELIPE sale escapado tras ella, llevando una servilleta al cuello.)

Fel. ¡Chist! Serrana, ¿dónde vas tan de mañana, con tu cara retrechera, que es una rosa temprana?

Rosa ¡Anda! ¿Habla usté en verso, señor gobernador?

Fel. El campo, la sierra y las mozas garridas como tú, han despertado en mí un poeta que llevaba dentro sin saberlo, y estoy dispuesto a dar ciento y raya al marqués de Santillana. ¿A dónde vas?

Rosa Al huerto, al gallinero y a ordeñar las vacas.

Fel.
Moza tan fermosa
no vi en la pradera
como una vaquera
de la Finojosa.

Rosa Anda, señor gobernador, qué bonito.

Fel. Déjate de gobernador.

Rosa Me han dicho que le llame a usté así.

Fel. No hagas caso y llámame Felipe a secas o Felipito o Celipe, si te es más cómodo.

Rosa ¡Como aún no tengo confianza!...

Fel. Yo te daré pie para que te la tomes.

Rosa ¡Ay! Pero, ¿qué tié usté en ese carrillo tan colorao y tan hinchao?

Fel. Son los mosquitos que se muestran muy obsequiosos con los forasteros. Dicen que se cura con un beso de una muchacha guapa. Si tú quieres...

Rosa ¡Límpiese usté que está de huevo!

Fel. (Limpiándose con la servilleta.) Será de chocolate. (Rosa, se ríe.) ¡Ah, picarona! (¡Qué dientes tiene esta criatura! Son perlas.) Oye, Paulina dice que llevas las caderas postizas.

Rosa (Riendo.) Le veo de venir a usté, señorito.

Fel. Mira, hija; no te rías así, porque te pones de tal modo incitante, que no respondo del atentado personal.

Rosa ¿Y qué es eso?

Fel. ¡Qué inocencia! No sabe lo que es un atentado. Anda, te acompañaré al huerto y allí te lo explicaré.

Rosa A ver si con el sol se le pone a usté peor el carrillo.

Fel. No te preocupes. Vé andando, que te sigo. (Rooa vase por la izquierda cantando un cuplé popular.) ¡Es una Goya en bruto!... Yo no sé si es la canícula, las salutíferas emanaciones resinosas de los pinos o éstas dichosas campe-

sinas, pero lo cierto es que me hierve la sangre como si tuviera veinte años.

Enr. (Aparece por el foro. Trae dos botellas envueltas en papeles y numerosísimos paquetes) Buenos días.

Fel. Hola, Enrique. Caramba, pareces el ordinario.

Enr. Los encarguitos que han tenido ustedes a bien hacerme en una semana. ¡Si tardo en venir quince días, necesito un vagón para mí solo! ¿Y Julia y el niño?

Fel. Perfe tamente. Te esperaban de un momento a otro.

Enr. ¿Dónde están?

Fel. En misa.

Enr. Tome usted. (Le va dando paquetes.) Esto para ustedes. (Le da las botellas.)

Fel. ¿Para qué te has molestado? (Las desenvuelve.) ¡Vermut! Pues ya tenemos para un rato. Las pondré con las demás.

Enr. ¿Quién le ha pegado a usted un bofetón?

Fel. Un mosquito... Vamos, ya me entiendes.

Enr. ¿Y están ustedes todos así?

Fel. No, yo solo. Se conoce que les gusta más mi sangre.

Enr. ¡Menos mal!

Fel. ¡Muchas gracias! Si quieres salir al encuentro de Julia, sigue todo derecho la carretera y al final verás la iglesia. Están todos allí.

Enr. Pues voy... Ah, me olvidaba darle una noticia muy agradable.

Fel. Dí, hombre.

Enr. Que he conseguido una licencia de quince días y los pasaré aquí.

Fel. ¡Caray, qué noticia tan agradable!... Te advierto que vas a estar un poco incómodo. (Rosa pasa tarareando de izquierda a derecha.) ¡Ya vuelve! (Impaciente.)

Enr. ¿Julia?

Fel. No, lo decía por la chica que ha ido por lechugas.

Enr. ¿Es que le molesta a usted que me quede?

Fel. No, es que no vas a llegar ni a la bendición. Digo en la casa.

Enr. ¡Ah! ¡Qué me va a molestar, hombre! Lo que pasa es que las habitaciones son pequeñas y en la mesa estamos haciendo economías...

Hay que buscar compensación a los gastos de Madrid...

Enr. Claro; si allí no tirase usted el dinero.

Fel. ¡Yo qué voy a tirar, hombre!

Enr. ¿Se atreve usted a negármelo a mí? ¿Y la cupletista aquélla?

Fel. ¡Otro golpe a la dichosa cupletista!... He confesado mil veces mi debilidad... Cosas de la juventud.

Enr. ¿De la juventud y hace dos años?

Fel. Sí, porque es que entonces resurgió en mí la savia primaveral. La vida mundana de San Sebastián, las salutíferas emanaciones ozonizadas del mar...

Enr. La broma le costó a usted dos mil pesetas, de las que quinientas eran mías y no las he vuelto a ver... Lo mismo me ha sucedido con la renta del dote de Julia, que ustedes habían prometido entregarme a fin de cada trimestre para no vender el papel... A pesar de todo, yo fuí tan cándido, que me presté a recoger el pagaré firmado por usted a favor del joyero de la cupletista...

Fel. Es que no se cansaba de decirme: ¡Ay, Felipichín, lo que me encanta besar tu firma!... Y claro, yo firmaba...

Enr. ¡Pobre mártir!

Fel. Lo fuí, lo fuí..

Enr. ¡Digo su señora! La pobre mamá con la que yo emplee todo género de estratagemas para evitar que se enterase..

Fel. Tienes razon; te debo la vida.

Enr. Pero tenga usted presente que en otra ocasión yo sabría lo que había de hacer. ¡Despilfarrar dos mil pesetas, de las que quinientas eran mías, con una cupletista toda pintarrajeada y con mil rellenos...

Fel. En eso es en lo único que tienes razón, en lo de los rellenos. Y nunca me he dado cuenta de ese artificio de modo tan palpable como en este lugar donde domina la inocencia, donde la ficción y el artificio no existen en las mujeres...

Rosa (Por la derecha, al paño.) Sí, señora; ahora voy a la huerta y a recoger los huevos. (Pasa y hace mutis por la izquierda.)

Fel. Pero, anda, que con el sermón vas a perder la misa.

Enr. ¿De modo que nada más que seguir la carretera?

Fel. Eso es.

Paco (Por el foro, con escopeta y morral.) Hola, caballero. (Saluda a Enrique, que desaparece.) Buenos días, don Felipe.

Fel. ¿Se viene de caza?

Paco Pero no he matado más que el tiempo (Se descuelga el morral y saca de él dos botellas.) Pero ya que había llegado hasta Villa del Cerro les he traído a ustedes un regalillo.

Fel. Vermut, ¿verdad?

Paco ¿Cómo lo ha adivinado usted?

Fel. Me lo he olido. Hágame el favor de ponerlas en el comedor con éstas otras dos y al lado de otras catorce... Yo me voy a misa. (Paco hace mutis por la derecha, llevándose las botellas muy extrañado, y don Felipe, en cuanto le ve desaparecer, se echa la servilleta por la cabeza para quitarse el sol y hace mutis corriendo por la izquierda.)

Pepa (Sale corriendo por la derecha, persiguiendo con una escoba a un gato que se supone escapa por el foro.) ¡Fuera de aquí! ¡Maldito gato! (A Paco que sale.) El dichoso gato de los madrileños, que parece que no ha comido hasta que ha venido aquí. (La señá Pepa viste traje de domingo y lleva remangadas las mangas del vestido.) ¿Has visto, a Antonio por ahí fuera? Lleva una hora para recoger un poco de leña.

Paco Ya son cerca de las doce.

Pepa Hoy comeremos un poco más tarde que de costumbre, pues cuando vengan de misa las señoras he quedado en ir con ellas en casa del médico.

Paco Eso de variar las horas de la comida por dar gusto a los demás, me hace muy poca gracia. Yo creí que usté había convenido con ellas que cada familia no tendría nada que ver con la otra, ya que se ha empeñado usté en admitir huéspedes cuando no nos hace ninguna falta.

Pepa Es que como tenemos la cocina para todos... Además, como es una gente tan buena...

Paco Buena, buena... pero con orgullo, que pare-

cen a don Rodrigo en la horca. ¡Ni que descendiesen del duque de Osuna! Sobre todo la señorita... Parece que le hace a uno un favor dirigiéndole la palabra.

Pepa Tienes que hacerte cargo; ya sabes que tiene novio.

Paco Y muy rico, según dicen...

Pepa Y como en Madrí están acostumbraos a tratarse con la aristocracia...

Paco Pues se podían haber quedao allí.

Pepa Hombre, no veo por qué tomas las cosas tan a pecho.

Paco ¿Yo?... Es que me da rabia de ver tanta tontería... por lo demás... ¿Dónde están ahora?

Pepa En misa.

Paco Ya debe haber acabao... (Disponiéndose a salir.)

Pepa ¿Vas a salirles al encuentro?

Paco ¿Yo?... ¡Yo no me ocupo de ellos! (Vase por el foro.)

Ant. Aquí estoy.

Pepa ¡Hombre, gracias a Dios! ¿Y la leña?

Ant. Pues como he tenido que subir al granero...

Pepa ¿Quién te ha mandado subir al granero?

Ant. Nadie, pero creí que convendría dar una vuelta...

Pepa Tú hace unos días que andas de un modo... Anda, anda por la leña, si no quieres que te la dé yo. (Vase por la derecha.)

Tomás (Por el foro acompañado de DOÑA BENITA. Trae en la mano una máquina fotográfica.) ¿Se puede?

Ant. Adelante.

Tomás ¿Es este el palacio de la marquesa?

Ant. Sí, señor; el ama acaba de salir.

Tomás Ya la hemos visto.

Ant. ¿Quién ustés que la avise?

Ben. No, nosotros preguntamos por los señores de Pino.

Ant. ¡Ah, sí, también viven aquí! ¡Ahora recuerdo de ustés!

Tomás ¿Ves, Benita, cómo no me había equivocado?

Ant. Me paece que las señoritas no están.

Ben. No importa; las esperaremos.

Ant. Entonces, con su permiso, yo me voy, porque si no, va a haber leña.

Tomás ¿Por qué, hombre?

Ant. Porque no hay leña. (*Vase.*)

Tomás ¡Nos hemos enterado! ¿No te decía yo que era aquí? Aparte del aspecto señorial de la casa, al tomar la vista del paisaje, en el huerto he reconocido en seguida al bueno de don Felipe en un momento de cariñosa expansión... (*Hace ademán de abrazar.*)

Ben. Sí, en efecto; a mí también me ha parecido, pero lo que te repito es que ella, la que efusivamente correspondía... no era María.

Tomás Ten en cuenta que teníamos el sol de cara, y ellos estaban en la sombra. Resultará un contraluz precioso... Pero, ¿quién sino María iba a ser la que tuviese Felipe entre sus brazos? El campo y ésta exhuberante vejetación de las montañas, aviva las afecciones conyugales... (*Acaricia a doña Benita.*)

Ben. Por Dios, hombre, que no estamos en el campo. (*En el momento en que se acaramelan, cruza rápidamente de la derecha al foro PEPA, empuñando un gran cuchillo y corriendo tras el gato.*)

Pepa ¡Le voy a abrir en canal!... ¡Ladrón!

Ben. (*Asustada.*) ¡Ay!

Tomás ¡Ah!... ¡Qué cuchillo! Y es la propia marquesa.

Ben. ¡Buen susto nos ha dado!

Pau. (*Por el foro.*) ¡Ah, los señores de Martínez!

Ben. Hola, Paulina.

Tomás Hemos venido a dar una sorpresa a tus amos.

Pau. No sé si habrán vuelto de misa. Yo vengo del granero...

Tomás Esa señora metida en carnes y con traje negro, ¿es la dueña de la finca?

Pau. Sí, señor. Nosotros le tenemos alquiladas tres habitaciones.

Ben. (*Mirando a don Felipe.*) ¡Ah, ya!

Pau. ¿Y cómo se han arreglado ustedes para saber que veraneábamos aquí?

Tomás Muy sencillo. Todos los domingos hacemos una excursión: hoy tomamos unos billetes para Pinares Nuevos; llegamos a la estación, y cuando nos dirigíamos al pueblo para indagar, vimos esta finca, y en seguida dedujimos que era el palacio de que nos habían hablado.

Pau. Con el permiso de ustedes voy a ver si han vuelto los señoritos. Tomen asiento. (Vase por la derecha.)

Tomás Yo mejor que asiento tomaría un tente en pie.

Ben. Ten paciencia, hombre; cuando vengan ellos ya nos invitarán.

Tomás Es que, Benita de mi alma, desde las seis de la mañana que salimos de Madrid, no ha entrado en mi cuerpo más que una jícara de chocolate y el oxígeno serrano.

Ben. Eso es cierto. Yo, por mi parte, sé decirte que me desmayaría a la vista de un solomillo con patatas.

Rosa (Atraviesa corriendo de izquierda a derecha,) (¡Buena me espera ahora!)

Tomás ¡Caray, en esta casa todos salen disparados como proyectiles!

Ben. Pues por ahí también veo venir corriendo a don Felipe.

Tomás Mira, vamos a darle una sorpresa. Escóndete aquí detrás de estas sábanas. (Se ocultan los dos detrás de las sábanas puestas a secar.)

Fel. (De la izquierda. Se sienta en una butaca limpiándose el sudor.) Es un encanto la poesía de la Sierra. Estos aires y estas aguas dan una tersura en el cutis y una robustez en las carnes... Ahora que, ¡caramba!, no estaría demás que en los gallineros empleasen algún insecticida...

Pau. ¿Está usté ahí, señorito?

Fel. Yo creo que sí. ¿Qué pasa?

Pau. ¿No ha visto usté a nadie?

Fel. No.

Pau. Entonces es que se han marchado sin despedirse como hicieron en Madrid.

Fel. Pero, ¿quién?

Pau. Don Tomás y doña Benita.

Fel. ¿Han venido aquí los de Martínez?

Pau. Para darles a ustedes una sorpresa, según me dijeron.

Fel. ¡Para darnos una desazón!

Pau. Pero por lo visto se han marchado.

Fel. ¡Menos mal! No nos faltaba más que ese par de pelmas. Si vuelven, diles que estoy con viruelas. (Se oye reir a doña Benita detrás de las sábanas.) No te rías.

Pau. Si yo... (Mira detrás de las sábanas y ve a los que se esconden.) (¡Jesús!) (Bajito a don Felipe.) ¡Que hay ropa tendida!

Fel. Y a mí qué me cuentas. Rocógela.

Pau. ¡Que los de Martínez están ahí!

Fel. ¡Dame la escopeta!

Tomás (Saliendo.) ¿A quién va usted a matar?

Fel. (¡Rebomba!)

Tomás (A Paulina.) Picarona, tú le has dicho que estábamos escondidos.

Ben. Queríamos darle a usted una broma...

Tomás Y nos la ha dado él a nosotros.

Fel. Sí, sí; aquí vivimos en perpetua broma.

Pau. (¡Vaya una plancha!) (Mutis.)

Tomás Este don Felipe corta un pelo en el aire. Ha dicho para sus adentros: «Vamos a ver lo que dicen los de Martínez; si les pongo verdes ya que han querido embromarme...» Nada, nada; corta un pelo en el aire.

Fel. Y usted le corta en el aire y desde un aeroplano.

Tomás (Después de reir.) Sí, sí; pero esta vez no le ha valido a usted. He sido yo más listo. Bueno, por aquí todos sin novedad, ¿eh?

Fel. Muy bien, muy bien... encantados de la vida.

Tomás Ya, ya lo sabemos... Acabamos de verle a usted feliz y contento.

Fel. ¿A mí? ¿Dónde?

Tomás Hace unos instantes; cuando abrazaba usted cariñosamente a su señora.

Fel. ¡Ah!... ¡Ya!... ¡Sí!.. ¡A mi mujer...! Nos queremos mucho.

Tomás ¿No te decía yo, Benita, que eran ellos? Y como mi debilidad son las escenas de familia, no el vulgar grupo que hacen los fotógrafos...

Fel. Pero, ¿me ha retratado usted?

Ben. Nos va a salir un contraluz divino.

Fel. ¿Un contraluz?... Bueno, pero hágame usted el favor de no enseñar la placa. Mi mujer se ruborizaría...

Pau. Señorito. Ya han salido de misa y por el camino se ve venir a las señoritas.

Tomás La verdad es que el campo resulta encantador. Han tenido ustedes el gran acierto al elegir esta casa.

Ben. Hemos visto a su dueña, a la marquesa.

Fel. Pero, ¿de veras la han visto ustedes?

Ben. Sí, cuando llegamos desapareció por ahí y luego salió de nuevo corriendo...

Fel. Sí, esta marquesa es muy especial...

Ben. Vestía modestamente.

Fel. Es una mujer de trato muy sencillo. A primera vista parece una campesina adinerada. Pero sus abuelos fueron de horca y cuchillo.

Ben. Eso ya lo hemos podido apreciar.

Fel. (Va hacia el foro.) (Como estos no se vayan pronto vamos a vivir en pleno sainete.) Ya está aquí María con las chicas.

Ben. ¡Qué sorpresa van a tener cuando nos vean!

Fel. ¡No lo sabe usted muy bien!

Tomás Les va a parecer mentira... ¡Vamos a escondernos como antes!

Fel. ¡No, no se escondan, no... que María es muy impresionable!... (¡Y habría que oir lo que dijese!)

Ben. ¡Querida amiga!

María ¿Eh? ¿Ustedes aquí?

Tomás ¿Es una sorpresa o no es una sorpresa?

María ¡Tremenda, señora, tremenda!

Julia ¡Los señores de Martínez!

Ang. (Entrando.) ¿Los de Martínez? (Cambio de saludos.)

María (A don Felipe.) No va a haber más remedio que convidarlos a comer.

Fel. O tirarlos al pozo; también es una solución.

María Esta gente tiene el don de la inoportunidad. ¡Y con lo chismosos que son, habrá que oir lo que cuenten luego!...

Enr. (Saliendo de la derecha.) He cogido la escopeta de Paco y voy a ver si les traigo a ustedes el principio.

Julia (Riendo y acompañándole hasta el foro.) Si no comemos más que lo que tú caces...

Enr. Hasta luego.

María A ver, Julia, Angelita, llevar a doña Benita a vuestra habitación para que se arregle, y que pasen al comedor a tomar algo.

Fel. (Aparte a las muchachas.) Darles vermut, que tenemos en abundancia.

Ben. Bueno, bueno; lo que ustedes quieran, pero

nada de cumplidos o nos marchamos en el acto.

Fel. (A las muchachas.) Ya lo oís; hacedles más cumplidos que a don Alfonso trece si se hubiese dignado visitarnos. (Mutis por la derecha, don Tomás, doña Benita, Julia y Angelita.)

María ¿Y qué vamos a hacer?

Fel. El ridículo, ya lo verás. Y de todo tienes tú la culpa, por tus fantasías. Yo también me he visto obligado a contarles mil embustes.

María Déjate de tonterías y vete al pueblo a comprar algo. Yo voy a preparar unas natillas.

Fel. Te advierto que la señá Pepa lleva por rayas la cuenta de los huevos que le debemos, y he contado mil setecientos veinte.

María ¡Quién piensa ahora en eso! ¡De aquí a Octubre!...

Fel. ¡Hemos llegado al millón!... Y al freir será el reir, mejor dicho, al pagar será el llorar.

María ¡Anda con mil demonios! Tú tienes la culpa de todo. Si los hubieses echado con cajas destempladas... (Mutis por la derecha.)

Fel. (Mirando al cielo.) Santa Rita, ¿no tengo ya ganado un sitio a tu derecha?

Paco (Por el foro.) ¿Con quién habla usted?

Fel. Con mi señora. La estaba echando un piropo. Hasta luego. (Mutis por el foro.)

Paco Adiós. (Paco se dirige hacia el foro. ANGELITA sale por la derecha y tose para llamarle la atención.)

Ang. ¡Ah! ¿Es usted?...

Paco Señorita, buenos días... ¿Deseaba usted algo?

Ang. No. Es que he oído hablar y me extrañaba...

Paco Me despedía de su papá. No crea usted que hablaba solo como los galanes enamorados.

Ang. Hace usted bien, porque suelen decir muchas tonterías.

Paco Eso depende de quien las escuche.

Ang. (Rápida.) O de quien las diga.

Paco Tiene usted razón. (Medio mutis.)

Ang. (Más amable, deseando retenerle.) ¿Decía usted?...

Paco Que los enamorados, como los oradores, necesitan su público, y su réplica contestó que también hay públicos que necesitan sus oradores.

Ang. ¡Oh!... No esperaba hallar en un campesino un filósofo tan profundo.

Paco — Campesino, sí... filósofo, no sé... Pero puede. También algunas veces un humilde pastor da lecciones de astronomía a un cortesano.

Ang. — Emplea usted conmigo una mordacidad inconveniente. (Medio mutis.)

Paco — Señorita... (Angelita se vuelve.) Tenga en cuenta que habla con un campesino que no ha tomado lecciones de cortesanía.

Ang. — Pues le sobran sutilezas para ser campesino. (Medio mutis.)

Paco — Puede que la verdad parezca sutileza a los cortesanos. (Medio mutis. Ambos se vuelven y sus miradas se encuentran.)

Ang. — ¿Decía usted?...

Paco — ¿Yo?... Nada... Creí que hablaba usted.

Ang. — Habrá eco en este patio.

Paco — No lo he notado.

Ang. — (¡Le soy muy antipática!)

Paco — (¡Me desprecia!)

Julia — (Saliendo.) Hola, amigo Paco.

Paco — Buenos días, doña Julia.

Julia — ¿Cómo no se le ha visto en la iglesia?

Paco — Estuve a primera hora.

Julia — Oye, Angelita, ve a hacer la tertulia a los de Martínez que están en el comedor.

Ang. — Podías haberte quedado con ellos.

Julia — Es que quiero ver a dónde está el niño.

Ang. — Pero si te quedas aquí de conversación...

Julia — No, si sé que está con los chicos de la cabrera.

Ang. — Pues no debes dejarle que juegue con esos chiquillos.

Julia — Voy a ver. ¿Quiere usted acompañarme, Paco?

Ang. — ¿Crees que no tiene otra cosa qué hacer?

Paco — No me causa ninguna molestia. Llevaremos al chiquitín a casa de mi tía, que ya sabe usted cómo le quiere.

Julia — Pues vamos. (Vanse por el foro.)

Ang. — (Se deja llevar por su carácter rabiosillo y da unos pasos con ademán de interpelar bruscamente a su hermana pero se contiene y paga su enojo con el abanico o con el pañuelo, y se encamina hacia la derecha, a punto de salir DON TOMAS y DOÑA BENITA.)

Tomás — ¡Ah, está aquí Angelita!

Ben. Ahí solos en el comedor nos aburrimos. (Angelita se va por el foro sin decir palabra.)

Tomás ¡Qué amable es esta familia para con los huéspedes!...

Ben. Les hemos dicho que nos traten con entera confianza...

Tomás Pues han seguido el consejo.

Ben. Además, que deben andar atareados preparándonos un banquete...

Tomás No me hables de banquete después del vermut que nos han hecho tomar.

Ben. A mí se me va la vista.

Tomás Vamos a tomar un poco el aire y de paso impresionaremos unas placas.

Pepa (Saliendo) (Pero, ¿dónde diablos se habrá metido esa chica?) (Se encuentra cara a cara con doña Benita y don Tomás que la saludan ceremoniosamente.)

Ben. Muy buenos días. (Inclinación.)

Tomás Muy felices, señora marquesa. (Se inclina.)

Pepa (¡Anda, qué gente más final) Mu güenos.

Ben. Usted perdonará, señora marquesa...

Tomás Le extrañará vernos en su casa sin haber sido presentados...

Ben. Somos íntimos de los señores de Pino...

Pepa Están ustedes en su casa.

Ben. Muy honrados. (Inclinación.)

Tomás Tenemos un gran placer...

Pepa (¡Se les va a tronchar el espinazo!) Asiéntense.

Tomás Usted primero.

Pepa Yo tengo mucho que hacer ahora.

Tomás ¡Oh, no queremos entretenerla!...

Ben. Disimule la inoportunidad...

Pepa (Pasando para hacer mutis por la izquierda.) (¡Son más cumplidos que un gabán saco!)

Ben. Hemos tenido mucho gusto...

Tomás Un verdadero honor...

Pepa (¡Vaya, habrá que ponerse finoda!) Soy de ustedes afetísima y segura servidora. (Hace una gran reverencia y desaparece.)

Fel. (Que en este momento entra por el foro, se detiene sorprendido y alarmado.) (¡Jesús!) ¿Hablaban ustedes?...

Ben. Con la marquesa...

Tomás Es muy original...

Fel. Algo ordinaria, ¿verdad?

Tomás Sí, algo, algo...

Fel. Es por su afán de ser llana, porque es muy llana... Como la palma de la mano.

Ben. Eso hemos podido observar.

Tomás Vamos, una noble a la antigua usanza.

Fel. Eso, muy a la antigua. Conserva pura la sangre visigoda de sus bisabuelos.

Ben. Qué diferencia de esta aristocracia casi feudal a la almibarada cortesana...

Fel. Mucho, mucho. Pero, ¿por qué no dan ustedes un paseíto por los pinares hasta la hora de comer.

Tomás A eso íbamos cuando nos encontramos a la marquesa.

Fel. Pues no pierdan ustedes el tiempo.

Tomás Vamos a impresionar unas plaquitas.

Fel. Anden, anden. (Los empuja hacia el foro.) (¡Maldita sea la hora en que se os ha ocurrido venir!)

Ang. (Entra muy enojada por el foro.) ¡Esto no se puede tolerar!

Fel. ¡Hombre, qué milagro! ¿Qué pasa para que tú estés de mal humor? ¡Sí que es raro!

Ang. Sí, toma las cosas a broma, que puede que aquí haya el día menos pensado una tragedia.

Fel. Pero, ¿qué dices?

Ang. Que si siguen las cosas así, con lo celoso e impulsivo que es él, la matará a ella, le matará a él, matará al que de nosotros se ponga por delante y sabe Dios...

Fel. Pero, hija, eso que cuentas es el fin del mundo. ¡Qué pasa, habla de una vez!

Ang. Sí, porque ya no debo callarme, porque no quiero ser responsable de lo que aquí pase.

Fel. Pero, ¿qué es?

Ang. Pues que desde que Julia vino, Paco se dedicó a galantearla, a obsequiarla a todas horas, a no dejarla ni a sol ni a sombra y ella se deja querer y hasta ayer tuvo el descaro de irse sola con él en coche...

Fel. ¡Vamos! ¿Y es eso? ¿Te parece que Julia puede hacer caso a un campesino?

Ang. No es un campesino; es un muchacho de cierta ilustración que se dedica a las faenas

del campo porque le agrada. Yo no le culpo a él sino a ella, a ella, que es una mujer casada y debía mirar un poco más lo que hace...

Fel. Todo eso son fantasías tuyas.

Ang. ¿Fantasías? ¿Por qué viniendo aquí dos mujeres se ha de fijar precisamente en la casada? ¿Porqué con ella está tan solícito siempre y a mí en cambio no me puede tragar? Te digo que él y ella si no se entienden se entenderán.

Fel. ¡Angelita, te prohibo hablar así!

(En este momento entra ENRIQUE por el foro con la escopeta al hombro.)

Ang. Hablo porque no quiero que en nuestra familia haya una desgracia y nos alcance a todos las deshonra. (Enrique escucha asombrado.)

Fel. Reflexiona antes de soltar semejantes disparates.

Ang. He reflexionado bastante antes de decidirme, de atreverme a decirte una palabra, porque me daba mucha vergüenza... Pero es indigno que un hombre se atreva a comprometer así a una mujer que tiene un hijo.

Fel. ¡No grites de ese modo!

Enr. (Avanza hasta colocarse entre los dos y golpea el suelo con la escopeta.) ¿Se puede saber de quién estais hablando?

Fel. (¡Dios santo!)

Ang. (¡Jesús!)

Enr. ¿Eh?

Fel. (¡Lo ha oído todo!)

Enr. Contéstenme ustedes.

Fel. ¿Eres tú? Vaya, hombre. ¿Has matado mucha caza? ¿Traes la escopeta cargada?

Ang. Estábamos hablando aquí de tonterías.

Fel. Comentando un cuento que habíamos leído.

Enr. A mí no me venga usted con cuentos. Aquí se hablaba de nuestra familia. Lo he oído todo.

Fel. (¡Ay!) Pero, hombre, deja la escopeta, que estás cargado.

Ang. (¡Ay, Virgen santa, pobre Julia! ¡Qué he hecho yo!)

Enr. Decían ustedes que aquí hay una mujer ca-

sada que se ha comprometido... ¿Qué deshonra es esa que puede alcanzar a nuestra familia?... ¿Por qué te daba vergüenza hablar de ello a tu padre?... Pronto. Vengan los nombres.

Ang. Bueno... yo te diré... Pero por la Virgen confío en tu discreción... Me he enfadado con papá... me daba vergüenza decirle que se ha llegado a saber en el pueblo y la gente murmura... Y si mamá se enterase figúrate qué escándalo... y qué deshonra...

Enr. ¡Ah! ¿Pero es usted?...

Fel. Sí... yo... ya lo oyes... cosas de ésta...

Enr. Pero es que estábais hablando de una mujer que tiene un hijo.

Ang. Sí, eso es... Por eso decía yo que es indigno se atreva a comprometer a una mujer que tiene un hijo...

Enr. ¿Quién es ella?

Fel. No .. si...

Enr. ¿Tiene hijos la señora de Martínez?

Fel. ¡Hombre!...

Enr. ¡Ah, ya caigo! ¡Qué torpe soy! ¡Es la señora Pepa!

Fel. (¡Anda con Dios!)

Enr. ¿No es esa?

Fel. ¿Qué quieres que yo te diga?

Enr. Debí figurármelo desde el primer momento. Es la que tiene un hijo, está guapetona todavía... (Haciendo un gesto de dolorosa repugnancia.) Mira, Angelita, déjanos solos... No quiero que una muchacha se dé cuenta de ciertas... porquerías de su propio padre. Déjame con él que le quiero decir todo lo que viene al caso. Procura evitar que tu madre venga y se entere. ¡Pobre mártir!

Ang. Bueno, pero no exageres. Ya le he reñido yo. Está arrepentido. Sa ha terminado todo.

Enr. Vete, vete, inocente criatura. (Vase Angelita por la derecha.)

Fel. (No salimos de una cuando entramos en otra. ¡Dichoso veraneo!)

Enr. Podría llamarle perjuro y mal caballero, pues tenía su palabra de honor de que no volvería a reincidir. Podría llamarle viejo imbécil por meterse en estos labeintos a su

edad. Podría llamarle infame por atreverse a llevar la deshonra a dos hogares...

Fel. Puedes llamarme lo que quieras, hijo mío; estás en tu casa. Anda, sigue. Soy un asesino, un parricida, un bandido, un ladrón...

Enr. Le he dicho a usted que podría llamarle todo eso y no quiero. Solo trato de evocar la visión de esa desventurada mujer.

Fel. ¿De qué visión hablas?

Enr. De su mujer de usted, de esa pobre mártir, a la que usted escarnece. De esa esposa fiel que no vive más que para sus hijos y para su esposo. Y usted, en cambio, ¿qué hace? Entregarse a una nueva pasión que le costará un dineral, seguramente.

Fel. Pero si ya te hemos dicho que todo se ha acabado. Guarda el sermón para otra oportunidad.

Enr. ¡Quiá, a mí no me engaña usted! Buena prueba tuve de ello con las dos mil pesetas, de las que...

Fel. Quinientas eran tuyas... Ya te dí un recibo, pero si quieres te extiendo otro.

Enr. Bueno, no quiero perder más el tiempo. No quiero hacerle otras consideraciones.

Fel. No sabes cuánto te lo agradezco.

Enr. Pero como es preciso cortar esto de raiz, ahora hablaré con ella.

Fel. ¡Ahora va a ser ella!

Enr. Yo le diré a esa mujer, sin escrúpulos, que mientras doña María tiene con ella toda clase de atenciones...

Fel. No le digas una palabra, que tú no sabes cómo las gasta esa mujer.

Enr. Y luego le llevaré a usted ante ella para que en mi presencia le diga usted que la desprecia y que jamás osará mirarla...

Fel. Dame ya los dos tiros y acabamos antes.

María (Entra demudadísima por la derecha y se deja caer en una silla.) ¡Ay, pobre de mí!

Enr. ¿Eh? (¡Lo ha descubierto todo!)

Fel. (¡San Felipe, esposo y mártir!)

Enr. Vamos, doña María, tranquilidad...

Fel. Serénate, pichona mía...

Enr. Son tragos muy amargos...

Fel. Ten ánimo... Darle una copita de vermut.

Ang. (Entrando.) ¡Un automóvil que ha volcado al pasar el puentecillo!

María ¡Y un hombre ha caído al agua! ¡Qué susto tan horrible!

Ang. Los que han quedado dentro del coche deben estar heridos.

Pau. ¡Señoritos! ¡Un automóvil que ha volcado allá abajo...

Ben. ¡Un automóvil! ¡Un hombre que se ahoga!

Fel. Vamos a auxiliarlos...

Julia (Que entra.) Ya ha ido Paco y le ha salvado.

Ang. (Asomándose al foro.) Desde aquí no se ve nada.

Pau. (Que ha salido y vuelve.) Paco, Antonio y un señor que ha salido del automóvil traen para aquí al ahogao.

María ¡Qué disgusto, Dios mío, qué disgusto!

(Entran por el foro PACO y ANTONIO trayendo en brazos a RAFAEL, que viene desmayado. Viste traje de automovilista y está empapado en agua. Detrás de él entra EMILIO.)

Ang. (Acercándose a Rafael.) ¡Rafael!

Emilio ¿Eh?... ¡Señorita!

Ang. ¡Es Rafael!

María ¡Jesús, María!

Fel. Pero, ¿viene herido?

Emilio No creo. No se alarmen ustedes. Se desmayó de la impresión...

Paco (¡El novio!)

María Pronto, Paulina, Antonio, llevarle al cuarto de Felipe y acostarle en seguida. Aunque no esté herido, un enfriamiento podía ser gravísimo.

Emilio Eso mismo temo.

Pepa Que le acuesten en seguida. Se le calentará la cama y se le pondrán botellas de agua.

María Súbanle, súbanle arriba al cuarto de Felipe.

Paco ¿Y la señora que ha quedado en el automóvil? Me parece que echaba sangre...

Emilio Nada, nada, un arañazo con el parabrisas. No tiene importancia.

Ang. Pero, ¿venían ustedes con señoras?

Emilio (Visiblemente azorado.) Sí... unas amigas mías, parientes lejanas...

Enr. Pero aquí...

Emilio Sí, eso mismo pensaba yo, que aquí no po-

demos instalarnos. Iremos a la fonda, creo que hay una fonda en el pueblo ..

Pepa Buenísima...

Emilio Vamos, vamos a instalar a Rafael y yo volveré solo al auto... (Vanse Antonio y Paco llevando a Rafael y tras ellos Emilio.)

Fel. ¿No tenías otro sitio para instalarle más que mi cuarto?

María Es el más a propósito.

Fel. Me empapará los colchones. ¿Y dónde voy a dormir yo esta noche?

María (Enojadísima.) En el granero, en la bodega, en el campo. ¡Donde te dé la gana!... Déjame en paz, porque estoy furiosa... Todas estas cosas te las debemos a ti por haber dado las señas de esta casa a todo el mundo.

Fel. Me voy, me voy, porque no quiero hacer un disparate. ¿Que yo tengo la culpa? Pero, ¿estás oyendo, Angelita?

Ang. (Enojadísima.) ¿No he de haber oído? Mamá tiene razón de sobra. ¿Qué necesidad teníamos de que viniese ese muchacho? ¿Y si se muere aquí ahora?

Fel. Pero si yo no le dije, pero si no sabemos si venían aquí, o por casualidad...

Ang. No te disculpes, no te disculpes, sabe Dios los disgustos que por tu causa vamos a tener ahora. (Llorando hace mutis.)

Emilio (Saliendo.) No es nada, no tiene ninguna herida. Pero hay que cuidar mucho para que reaccione y no sobrevenga una pulmonía...

Fel. Pero, oiga usted...

Emilio No puedo detenerme. Luego volveré. (Mutis por el foro.)

Fel. Pero, ¿ven ustedes las cosas que a mí me pasan?

Paco Nadie más que usted tiene la culpa.

Fel. ¡Hombre! ¿También éste?

Paco Claro, lo que dicen su hija y su señora es mucha verdad, por haber dado usted las señas al novio...

Fel. ¿Y a usted qué le importa todo esto?

Paco Es que yo estoy en mi casa y no me parece decente que el novio de su hija vaya a dormir tabique por medio...

Fel. ¡Eso me faltaba!

Paco ¡Y a mí también! Bonito papel vamos a hacer todos. (*Mutis muy furioso.*)

Fel. Estoy al borde de la locura.

Tomás Cálmese usted, don Felipe.

Fel. ¡Qué me voy a calmar!

Pau. (*Saliendo.*) ¿Tiene usted algo que mandarme tocante a la comida, señorito?

Fel. (*Exaltado.*) ¿La comida? ¡Aquí no come nadie!

Tomás ¡Benita de mi alma!

Ben. ¡Ay, Tomás de mi vida!

Pepa (*Saliendo con un antiguo calentador de cama de los de cobre y largo mango.*) Miá que es una broma que por usted tengamos este berengenal...

Tomás No le diga nada, marquesa...

Fel. ¡Como alguien me vuelva a echar la culpa de nada, empiezo a tiros!

Pepa Se guardará usted muy bien de armar escándalos en mi casa!

Fel. No le exalte más, señora marquesa.

Ben. Oiga usted, marquesa...

Pepa A mí no me llaman ustés motes, porque no lo consiento.

Fel. ¡Dios mío!...

Pepa (*A Julia que sale de la casa acompañada de Enrique.*) Y esto se ha acabao. Tenga usted, vaya a calentarle la cama a ese señorito...

Enr. Mi señora no entra en un cuarto donde hay un hombre acostado. ¿Se ha creído usted que todas son de su índole?

Pepa ¿Eh?

Enr. Ya me entiende usted, vieja... traviata.

Pepa ¡Ay, qué tío! (*Le va a pegar con el calentador y don Felipe quiere sujetársele por detrás y se quema las manos. Don Tomás intenta hacer lo mismo con idéntico resultado.*)

Enr. Estamos enterados de todo.

Pepa ¿Qué es eso de traviata que me ha llamao ese tío?

Ben. Por Dios, marquesa, recuerde usted su educación, no olvide que desciende de un señor de horca y cuchillo.

Pepa ¿Que yo desciendo de un verdugo y un asesino? (*Los acomete con el calentador y se repite el juego.*)

María (*Saliendo con una botella o cilindro de agua hirviendo.*) ¿Qué pasa?

Ang. (Con otra botella.) ¿Quién grita?

Pepa A usted. (Por Enrique.) Y a ustedes los abro yo la cabeza. (A doña Benita y don Felipe.)

María ¡Señora! (A doña Benita, entregándole la botella.) Tenga usted.

Ang. (A Enrique.) Ten eso.

(Los que tienen las botellas se las pasan de mano a mano para no quemarse y se las dan a otros personajes y por último las tiran. Pepa sigue agitando el calentador y quemando a los que intentan sujetarle. Gran confusión. En un momento determinado todos los personajes se agrupan y la ceniza y lumbre del calentador cae sobre sus cabezas. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

—

(PAULINA aparece limpiando una falda y ANTONIO sale de la casa en traje de faena.)

Pau. Buenos días, Antonio.

Ant. Hola, chica.

Pau. ¿A dónde vas?

Ant. A calentar el horno, que hoy toca cocer... Oye, ¿sabes que también he soñao contigo esta noche?... Me paece que me voy a ir a vivir a Madrid.

Pau. En cambio a mí cada día me dan más ganas de quedarme en el pueblo... Aquí siquiera se come bien. ¡Estoy más harta de servir a señoritos muertos de hambre!...

Ant. ¿Hablas en serio?

Pau. ¡Anda! Voy a ayudarte a calentar el horno.

Ant. Conviene que aprendas por si se te ocurre hacerte paleta.

Pau. ¡Quién sabe!

Ant. Pues si quies quedarte a servir a un señor solo con seis riales de jornal... (Ríe y da un abrazo a Paulina que no opone resistencia.)

Tomás (Que ha salido un instante antes y los enfoca con la máquina fotográfica.) ¡Quietos! ¡Ya está! (Paulina y Antonio, asustados, salen corriendo por el foro.) Ayer, Felipe con su mujer, hoy estos dos... aquí no se da uno a basto para rétratar parejas abrazándose... El campo, las emanaciones salutíferas de los pinos...

Ben. La verdad es que nuestra excursión no ha podido resultar más brillante y divertida. ¡Qué de pamplinas tiene esta gente! El castillo, la marquesa, las diversiones a diario, las grandes recepciones... ¡Y hemos tenido que acabar por dormir bajo el tejado rodeados de ratas!

Tomás La marquesa nos ha resultado una paleta y los banquetes... huevos y vermut malo... Estoy de vermut hasta la coronilla. No seré yo el que caiga otra vez por aquí. Voy a casa del boticario a revelar estas placas. (Sale por el foro.)

Ben. Tengo gana de ver cómo te han salido. (Queda en el foro.)

(ENRIQUE y DON FELIPE salen discutiendo de la casa.)

Enr. Ya debía usted haber comprendido que si ayer me callé fué porque Angelita y Julia me suplicaron que no diese lugar a un drama.

Fel. Pero, ¿también lo sabe Julia?

Enr. ¿Que se ha comprometido usted con esa mujer? ¡Ya lo creo! Se lo conté yo mismo.

Fel. Bueno, hombre, bueno.

Enr. Y es preciso que me diga usted si está dispuesto a romper con esa mujer o rompo yo.

Fel. Deja, deja, no te molestes, romperé yo.

Ben. (Desde el foro, yendo hacia ellos.) Señores...

Fel. Hola, Benita, ¿se ha descansado?

Ben. Regular.

Fel. Dichosa usted que si quiera puede decir regular. Yo, como he tenido mi alcoba ocupada por el náufrago... He dormido en un pesebre como el Niño Jesús.

María (Por la izquierda.) Paulina, Paulina... ¿Dónde se ha metido esa chica?

Fel. ¿Y yo qué voy a saber?

María Rafael tiene un enfriamiento tremendo, tal vez sea una pulmonía.

Fel. No nos faltaba más que se le ocurriera reventar aquí.

María Ahora quería levantarse a todo trance.

Fel. Por Dios, obligarle a que se quede en la cama. Por lo menos no comerá.

María ¿Y Angelita?

Fel. Se habrá ido de paseo.

María ¿Será capaz de haberse ido mientras su novio está en peligro de muerte?

Fel. Le he prohibido que le vea y que le hable. ¡No habíamos quedado en eso? ¿No se me inculpaba ayer porque había venido ese intruso? ¿En qué vamos a quedar? Ya me voy cansando.

Enr. (Aparte a don Felipe.) No se ensañe usted con su pobre víctima.

María Hola, Benita, no la había visto.

Ern. Estaba admirando el paisaje.

María ¿Y Tomás?

Ben. Ha ido a casa del boticario a revelar todas las placas que hemos impresionado.

María Por cierto que me prometió hacerme a mí también un retrato, pero como estuvimos tan preocupados ayer...

Ben. No importa, con el que hicimos de usted, si ha salido bien se puede separar y ampliar.

María ¿El que me hicieron a mí? ¿Dónde? ¿Cuándo?...

Ben. Por la mañana, cuando estaba usted con don Felipe.

Fel. (Muy azarado tratando de cortar la conversación.) Sí, sí, sí. Ya lo hemos entendido. No se hable más del asunto. Mire usted, mire usted aquella nube allá a lo lejos, parece un fuego. Creo que te llaman dentro, María...

Ben. Vaya, vaya, no sea usted pudoroso, don Felipe. No es ningún pecado abrazar a su esposa, todo lo contrario. Por eso nos alegramos de sorprenderles.

María ¿Qué este me abrazaba a mí?

Fel. No le hagas caso, se confunde.

Ben. Pero ¿cómo me voy a confundir si nos lo dijo usted mismo aquí, en cuanto entramos?

Enr. (¡Oh, le han sorprendido abrazando a la señora Pepa!)

María Basta, basta, no diga usted más; me he penetrado de todo. Ustedes le sorprendieron y él dijo que era yo .. (A don Felipe.) ¿Qué porquerías son esas? ¿De manera que te permites abrazar a las mujeres?

Ben. Pero ¿no era usted?

María ¡Qué había de ser!... ¡Si hace lo menos doce años que no tiene conmigo una expansión cariñosa!... ¡Pero una cosa tan tremenda no la hubicse esperado nunca de ti!

Enr. Tenga calma, mamá, haga el favor. En estos momentos se necesita mucha sangre fría... Las cosas han llegado a un punto muy grave efectivamente, pero...

Fel. ¿Quieres hacerme el señaladísimo favor de callarte?

María El que ha de callarse eres tú, bribón. Dime, Enrique, ¿tú sabes algo?

Fel. ¡Santa Rita, baja en mi ayuda!

Enr. Calma, repito, calma y sangre fría. Míreme usted a mí qué tranquilo estoy y eso que estoy sufriendo más que usted, noble y santa señora.

Ben. Créame usted, doña María, que si nosotros hubiéramos podido sospechar semejante cosa...

Enr. Tenga la bondad, señora, se lo ruego... Se trata de un asunto de familia... Si tuviese usted la amabilidad de dejarnos solos unos instantes... Perdone... Quiero arreglar este asunto, que otros peores he arreglado en mi vida...

Ben. No, no, con toda confianza. Hasta después. (Vase por el foro.)

María (Repentinamente.) Me voy a casa del boticario. Allí está don Tomás y veré el retrato.

Fel. ¿Quieres saber la verdad?

Enr. (Interponiéndose.) No intente usted añadir la mentira a la felonía.

Julia (Por la izquierda.) Buenos días.

María Sí; muy buenos me los está dando Dios. ¡Si supieras lo que está ocurriendo!

Fel. ¡Pero María, por la Virgen Santísima!...

María Quiero desenmascararle a usted también delante de sus hijas para que sepan qué monstruo tienen por padre. Has de saber que este santo varón es un hipócrita que las mata a la chita callando y tiene una amante el muy sinvergüenza.

Julia (¡Ah, la historia de Angelita! ¡Pobre papá!)

Fel. Bueno, pues...

Enr. Usted se calla... Al punto que han llegado

las cosas lo único que puede hacer es confesarlo todo.

Fel. ¿Todo? ¿Qué?

Enr. Un criminal que confiesa arrepentido su delito conquista en cierto modo la benevolencia de sus jueces. Si usted, humildemente, dolorido por su falta, nos confiesa el pecado, si nos demuestra que se trata de unas relaciones que acaban de empezar...

Fel. Pero...

Enr. Deje usted que termine... Mire usted, mamá. Don Felipe me ha dado su palabra de caballero de que aquí terminará todo y volverá a ser el marido afectuoso y ejemplar de siempre. Me ha autorizado para castigarle rigurosamente si falta a su palabra, pero yo sé que esta vez la enmienda ha de ser ejemplar.

María ¿Esta vez? ¿De modo que no es la primera?

Fel. (¡Voy a tener que matarle!)

Enr. No es cosa de sacar a relucir historias pasadas, mamá.

María Pero, ¿se habrá visto cosa semejante? ¡Oh, infame, monstruo!

Fel. ¡No hay más que callarse mientras este hombre siga hablando, si no voy a terminar al pie del patíbulo!

Enr. Para tranquilidad de todos y cortar esto de raíz creo que lo mejor es que nos volvamos a Madrid inmediatamente. Hagamos las maletas y hoy mismo salimos de esta dichosa casa.

María ¿Y por qué hemos de marcharnos de esta casa? ¿Es que aquí precisamente es donde está?

Fel. (¡Y este es el que quería arreglarlo todo!)

María Enrique, hijo mío, yo necesito saber quién es esa mujer.

Enr. ¡Ah, eso nunca!

Fel. (¡Menos mal!)

Julia No hables tan alto que ahí fuera está Paco.

María No me importa, quiero que se entere todo el mundo.

Enr. Pero, mamá, ¿qué culpa tiene el hijo?

María ¡Ah! ¿Pero es la señora Pepa?

Fel. ¡El acabóse! (A Julia.) Hija, llévate a tu marido si no quieres que te deje viuda.

María ¡Me va a oir a mí ahora esa tía bribona!

Julia No, mamá, ven conmigo, déjala.

María ¿Cómo podía yo figurarme semejante cosa? (Furiosa.) Nada, que le voy a arrancar uno a uno los cuatro pelos que le quedan.

(Julia consigue llevársela.)

Enr. Ya verá usted cómo ahora, pasada la primera impresión y cuando sobrevenga la natural crisis de lágrimas...

Fel. ¿Y no te podías haber ocupado de otra cosa, condenado?

Enr. Déjeme usted, déjeme usted que no hay tiempo que perder. Voy corriendo a casa del boticario para que don Tomás me dé ese dichoso retrato.

Fel. Detente ya... No te metas en nada más. Acuéstate...

Enr. Con lo que estoy haciendo para salvarle en vez de haberme limitado a despreciarle.

Fel. Pues limítate... (Enrique, sin hacerle caso, se va por el foro.) ¡Es un ciclón, por donde pasa, asola!...

Paco Buenos días tenga usted. (Traje de día de fiesta.)

Fel. Buenos, amigo Paco.

Paco ¿Qué le pasa a don Enrique que va tan agitado?

Fel. Disgustos, contrariedades... Diga usted, ¿vive lejos el boticario?

Paco ¿Hay algún enfermo?

Fel. ¡Ojalá se tratase de un enfermo!... Confío en su discreción... Si le sorprende a usted alguna cosa, no se exalte, yo le explicaré. Usted dispense. Voy corriendo a la botica. (Vase por el foro.)

Paco Pues no entiendo una palabra. (Va hacia el foro y mira hacia el horizonte.) ¡Rosa!... ¡Rosa!

Rosa (De la izquierda.) ¿Qué manda usté?

Paco ¿Está la señorita Angelita?

Rosa Se fué a pasear hacia los pinares del río y aun no ha vuelto.

Paco Está bien. Vete a ver los nidos de las gallinas y dales la cebada. (Rosa hace mutis por la izquierda.) ¡Se ha ido para evitar que yo la

acompañe!... Y yo tan tonto que después de la conversación de anoche me había creído... (Mutis por la izquierda.)

(Aparece ANGELITA por el foro con sombrilla y un brazado de flores silvestres.)

Ang. (A Rosa que pasa de izquierda a derecha con la cebada.) Oye, Rosa, ¿a dónde vas?

Rosa A dar la cebada a las gallinas y recoger los huevos.

Ang. ¿Ha salido Paco?

Rosa Ya ha vuelto. Me preguntó por la señorita y le dije que estaba en los pinares. ¿Quiere usted algo?

Ang. (Con despecho.) No. (Rosa hace mutis por la puertecilla de la derecha.) ¡Sabe que estoy en los pinares y no va!..

(MARGOT aparece por el foro y avanza tímidamente. Viste con gran lujo.)

Margot Perdone usted... ¿Quiere hacer el favor de decirme si se halla en esta finca un muchacho que ayer se cayó de un automóvil allí...

Ang. (Después de mirar atentamente a Margot.) Sí, aquí le trajeron.

Margot (Con vivo interés.) ¿Cómo está? ¿Es cierto que no está herido?

Ang. No, no tiene nada; un enfriamiento sin importancia.

Margot (Con alegría y satisfacción.) ¡Ay!... ¡Muchas gracias!... Temía que me engañasen... Yo iba también en el auto... me desmayé cuando volcamos y como no me dejaban venir a verle creí... Usted perdone.

Ang. Por lo que veo, le interesa mucho ese caballero..

Margot Le conozco hace mucho tiempo... Es muy simpático... Ayer me asusté mucho, y ya le digo, como me llevaron a la fonda y me impedían venir pensé que me ocultaban una desgracia y me he escapado mientras Emilio iba a terminar de arreglar el coche.

Ang. ¿Es usted pariente de don Emilio?

Margot ¿Pariente?... ¡No!... Hasta ayer que fué a buscarme al teatro con Rafael no le conocía.

Ang. ¡Ah!

Margot Vuelvo a rogar a usted que me perdone.

Ahora comprendo que mi presencia en esta casa no era correcta y por eso se me prohibió...

Ang. ¿A dónde se dirigían ustedes?

Margot Ibamos a almorzar a lo alto de la Sierra para regresar por la noche a Madrid.

Ang. Pues probablemenee esta tarde podrán reanudar la agradable excursión.

Margot Le suplico que no diga nada de mi visita.

Ang. Descuide usted, no turbaré con una indiscreción tan felices amores.

Margot No se burle usted de mí.

Ang. ¿Burlarme? Si usted quiere a ese caballero, como lo demuestra su solicitud, y él la corresponde, ¿por qué no han de ser felices?

Margot Los amores de una artista y un muchacho aristocrático no pueden ser más que estas excursiones de automóvil, furtivas y accidentadas y expuestas a un vuelco. Rafael es un buen amigo mío, tal vez el mejor de mis amigos, pero como le falta dinero para ser el amante digno de una mujer como yo y le sobra pundonor para ser solo el amante, buscará pronto una mujer rica para unir legalmente dignidad y dinero.

Ang. ¿Tiene una novia rica?

Margot Si no la tiene la busca; lo sé positivamente. Pero, perdone, estoy siendo demasiado indiscreta. Usted sabrá disculparme... A los pies de usted.

Ang. Vaya usted con Dios. (Margot, vase por el foro.) ¡Buscaba una mujer rica!... ¡Arruinado!... ¡Qué sinvergüenza! (Después de dudar se va por la derecha.)

Pepa (Sale por la izquierda con un cesto de ropa blanca recién lavada, y recoge las sábanas que hay tendidas hacia el foro.) Oye, Paco, ¿no está por ahí Antonio?

Paco (Saliendo.) No le he visto.

Pepa Pues ya hace un rato largo que le mandé a encender el horno. Ayúdame tú a estirar esta ropa y tender esta otra. (Fijándose en la indumentaria de Paco.) Hijo, ¿qué lujo es ese? Camisa de cuello tieso, corbata, el mejor traje y el sombrero nuevo. ¿Vas a alguna boda?

Paco No... que como no tenía nada que hacer...

Pepa Me parece que los señoritos de Madrid te han pegao a ti la señoría.

Paco ¡Qué cosas tiene usted!

Pepa Ayúdame a tender esta ropa.

Paco Me voy a manchar.

Pepa ¡Me voy a manchar!... Acuérdate de lo que hacía tu pobre padre... Aunque le sobraban los miles de duros no se paraba en trabajar con los mozos como uno de tantos y en jamás gastó esos arrumacos y esos trajes como los señoritos... ¡Vamos, anda!

Paco (Se quita la americana y se dispone a ayudar a su madre.) Traiga usted.

Pepa Deja eso. Ayúdame a estirar las sábanas secas.

(Coge una de las que estaban tendidas y entre los dos la estiran y doblan.)

Ang. (Saliendo.) Buenos días. (Paco, que está de espaldas, al sentir la voz de Angelita suelta el extremo de la sábana y está a punto de dejar caer a su madre que tira de la otra punta.)

Pepa ¡Pero, hijo, que por poco me tiras de espaldas! ¿Es que te da vergüenza de que la señorita te vea así?

Ang. ¿Vergüenza por mí? No sé por qué. Ya ve cómo vengo yo. (Trae puesto un pañuelo sobre la cabeza y en la mano un cesto con huevos.) He estado dando de comer a las gallinas y ayudando a la chica a recoger los huevos y limpiar los nidos. Siga usted, siga usted ayudando a su madre.

Paco Ríase usted de mí. (Vuelve a coger la sábana.) Es lástima que no esté también su novio para que se riese con usted.

Ang. ¡Mi novio!... Ni siquiera he entrado a verle.

Paco ¡Ya le verá usted, ya le verá, descuide. (Tira con rabia de la sábana arrastrando a tía Pepa que suelta la tela.)

Pepa ¡Eh, tú, que tampoco hace falta que tires de ese modo!

Paco Dios sabe lo que habrá usted sufrido al verle en peligro... Se comprende...

Pepa Pero, ¿quieres que acabemos o no?

Ang. ¿Quiere usted que la ayude yo?

Paco No son faenas propias para una señorita.

Ang. No sé por qué me juzga usted tan mal, Paco.

Paco ¿Yo?

Ang. Sí, usted, usted. (Estira una sábana con Paco. La tía Pepa, de espaldas, tiende otras sábanas en las cuerdas.)

Paco ¡Ah, si yo fuese el señorito Rafael!...

Ang. Si era por tener mi cariño no había conseguido usted nada.

Paco ¿De veras?... Explíquese más claramente.

Ang. No haga usted que se me suban los colores a la cara. (Deja la sábana.)

Paco Si fuera verdad eso que usted me deja adivinar... Si no se propusiese usted divertirse con mi cariño... Porque usted no sabe cómo la quiero yo. (Suelta la sábana y la coge la mano.)

Ang. (Contenta.) ¿De veras? ¿Es cariño y no animosidad lo que usted siente por mí?

Pepa Pero, ¿qué es esto?... ¿Quién eres tú para coger de la mano a una señorita?... ¿Y usted cómo oye esas cosas teniendo un novio para casarse? ¡Si en mis tiempos se hubiesen visto estas cosas!

Paco En los tiempos de usted sucedería lo mismo que hoy.

Pepa Hombre, siquiera guardábamos esas ternezas para cuando no había gente delante.

Ang. No hay que andarse con misterios después de lo que usted ha oído.

Paco Mire usted, madre; yo estaba loco por esta señorita y por lo visto tampoco yo le soy indiferente; andábamos recelosos y hasta creyendo que nos odiábamos. Ya que se han puesto las cosas en claro y que podemos ser muy felices, usted debe ser la primera en alegrarse.

Pepa Hijos, me ha cogido esto tan de sopetón que voy a tomar un trago de agua... Pero, ¿y el novio? Y ahora que por casualidá está aquí.

Ang. Yo no quiero a ese hombre ni él me quiere a mí. Busca una novia rica para salir de apuros y en el automóvil iba de juerga con una mujer...

Pepa ¡Ah!, ¿sí?

Ang. Ayúdeme usted a salir del compromiso.

Pepa ¿Yo? ¿Con los humos que tiene su madre de

usted? ¿Que le diga yo que por mi hijo deje a un novio millonario y de la aristocracia?

Ang. ¡Millonario! ¿No ha oído usted lo que le he dicho? Además que yo no le quiero ni le he querido.

Paco ¿Oye usted, madre?

Pepa Pero, ¿lo has pensado bien, hijo mío?

Paco Como que si Angelita no llega a quererme hago un disparate.

Pepa Calla, por Dios, calla. Yo hablaré con don Felipe que me parece más razonable.

Ang. ¡Cómo la querré yo a usted también!

Paco Dios se lo pague, madre. (La abraza.)

Ang. Permita usted que la abrace yo también.

Pepa Bueno, no me estrujeis así.

Paco Háblele usted en seguida.

Pepa Bueno, dejarme el campo libre.

Paco (A Angelita.) ¿Viene usted?

Ang. Vamos.

Paco ¡Cuántas cosas tengo que decirle!

Pepa ¡Tan fogoso como su padre! (Vanse Angelita y Paco muy amartelados. Entra ANTONIO e intenta deslizarse sin ser visto de la tía Pepa) Pero ¿de dónde vienes tú?

Ant. Del granero.

Pepa ¿No te había mandado a encender el horno?

Ant Ahora iré; es que me he entretenío.

Pepa A ti te tengo que ajustar yo las cuentas. ¡Anda pa adentro! (Vase con él.)

Pau. (Entra en la misma actitud que Antonio.)

Fel. (Que la ve.) Oye, ¿se puede saber dónde te metes?

Pau. ¿Es que me han traído ustedes a veranear pa tenerme encerrá entre cuatro paredes?

Fel. Pero, ¿qué contestaciones son esas?

María (Que sale.) Déjala, que me parece que le va a durar muy poco la buena vida. Anda a ver si don Rafael necesita alguna cosa. (Vase Paulina.)

Fel. Vamos a ver. María, ¿estás convencida con lo que acaba de decirte Julia?

María Sí; ¿pero qué pruebas tengo yo de que eso es verdad y no una estratagema de vosotros para apaciguarme?

Fel. Es de sentido común, mujer; todo ha sido cosa de Angelita por ese pícaro carácter que

tiene y que aquí está más exaltado que nunca. La señora Pepa es por completo ajena al asunto.

María ¿Que no tiene nada que ver contigo? Así y todo me gustaría convencerme por mis propios ojos.

Fel. ¿Quieres que la llame y tú te quedas ahí escuchando? Yo no he podido prevenirla ni nadie. Si hubiese algo entre nosotros...

María Cuando tú me ofreces esa prueba es señal de que ya está prevenida.

Fel. Pero, ¿por quién, mujer? Vas a ver. ¡Señora Pepa! .. Haga usted el favor de salir un momento. Anda, escóndete ahí.

María Bueno, veré si puedo seguir llamándote mi Felipe. (Se oculta tras la ropa tendida.)

Fel. (¡Mira que haberle dado a estas alturas por la terneza y los celos!)

Pepa ¿Me llamaba usted?

Fel. Sí; quería saber cómo seguía usted.

Pepa Buena, a Dios gracias.

Fel. Y que charlásemos un rato solos.

Pepa La verdad, ahora tenía algo que hacer en la cocina .. (No era mala ocasión para tantearle.) Bueno, pero por charlar con usted lo dejo yo todo... ¿Está usted seguro de que nadie nos oye?

Fel. ¡Nadie! Pero aunque nos oyera... Hable usted más alto si gusta.

Pepa Pues ya que estamos solos quisiera hablar con usted, don Felipe...

Fel. Más alto, mujer, más alto.

Pepa (Azorada.) Es que después de lo ocurrido no tengo tranquilidad.

Fel. (¿Qué dice esta mujer?) ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Pepa En fin, hay cosas que no tienen remedio. Cuando el amor nos cierra los ojos, nos hace atropellar por to.

Fel. (¡Esta desdichada se ha vuelto loca!) Le repito a usted, señora, que no comprendo nada de lo que quiere decirme.

Pepa Todo depende de usté, sin embargo, mi porvenir, el de mi hijo: la felicidá de todos. Todas mis esperanzas las tengo puestas en usté... Usté no será cruel, querido don Feli-

pe... Hay cosas que paece que las adivina una. Desde el primer día que le ví a usté me dije: ¡Qué simpático es este hombre!...

Fel. (¡Me parece que siento venir algo sobre mi cabeza!)

Pepa Usté y yo tenemos que ponernos de acuerdo como buenos amigos, y si su esposa de usted es un estorbo...

Fel. ¡Calle usted, desdichada!

Pepa ¿Qué pasa? ¿La tiene usted miedo?

María ¡Basta! ¡Esto ya es demasiado! ¿Y tú mismo me has invitado a que escuchara? ¡Granuja! ¿Es que abrigabas el propósito de que al recibir esta impresión me muriese de repente? ¿Soy un estorbo del que quereis deshaceros, criminales?

Julia (saliendo) Por Dios, mamá. ¿Qué pasa?

Pepa (Sin comprender.) Pero tranquilícese usté, doña María... Yo no estaba hablando nada malo con su marido. Aún no me había atrevido a decirle todo lo que tenía que decirle...

María ¿Qué querría decirle más?

Pepa Pero ¿está usté enterá de lo que se trata?

María ¿No he de estarlo, señora? ¿Usted se cree que soy ciega y tonta?

Pepa Pues me alegro; a mí me gustan las cosas claras y no tener que andar con tapujos. Ya que lo tenía usté que saber me alegro de que lo sepa...

María ¡Qué cinismo!... Parece mentira, a sus años... ¡Y tú, viejo imbécil, dejarte sorber el seso por un vejestorio y una tía ordinaria!

Pepa ¿Yo? Pero ¿qué dice?... Si no quiere usté dar su consentimiento no le dé, que pa nada nos hace falta en último caso si su marido quiere.

María ¿Yo dar mi consentimiento? ¡Qué descaro! ¡Consentir yo que fuese usted la amante de mi marido!

Pepa (Furiosísima.) ¿Qué ha dicho usté? ¡Qué barbaridá! ¡Ahora mismo se marchan ustés tós de mi casa!

Paco ¿Qué pasa, madre?

Ang. ¿Qué gritos son esos?

Pepa Nada, nada. Tú, hijo mío, has sido un tonto y yo una imbécil. No te apures, yo te

buscaré una novia de tu clase y no una señorita.

Fel. Pero ¿qué dice esta mujer?

Ang. ¿Se puede saber lo que ha ocurrido?

Pepa Nada, no ha ocurrido nada, no quiero oir nada. Cojan ustedes inmediatamente sus baúles que yo no quiero que nadie pueda pensar que yo necesito a los maridos de las demás. ¡Pues vaya una alhaja!

Ang. ¡Ay, todo por culpa mía!

Paco ¿Quién ha dicho nada de usted? A ver, ¿quién se ha atrevido a pensar eso de mi madre?

Ang. He sido yo.

Paco ¿Tú? ¿Que has sido tú?

María ¿Qué confianzas son esas?

Fel. ¡Se tutean!

Ang. Hice mal, lo reconozco; pero antes de saber que Paco me quería a mí, se me puso en la cabeza que galanteaba a Julia, y en el momento en que se lo estaba contando a papá para desahogarse, llegó Enrique y entonces, como él es tan celoso, para no comprometer a mi hermana le seguimos la corriente, pues él creyó que se trataba de papá y de usted.

Pepa ¿De mí?

Ang. He cometido el pecado, justo es que lleve la penitencia... Castíguenme. (Llorando.) Enciérrenme en un convento si quieren...

Paco No; que nos encierren juntos a ti y a mí.

María (A Felipe.) Pero, ¿tú oyes? ¿Tú ves? ¿Te has vuelto mudo?

Fel. Calla, mujer; si es que me hace el efecto de que estoy en un cine.

Pepa Justamente del asunto de los muchachos es de lo que yo quería hablarle.

María Y yo creí que usted y Felipe...

Pepa ¿Está usté loca, señora? ¿Yo con un vejestorio tan feo?

Fel. Repare usted, señora Pepa...

María Hija, no es para que usted le desprecie tanto.

Pepa Señora, es que cada vez que pienso que...

Fel. Bueno, no vayamos a agriar de nuevo la cosa apropósito de mi belleza. Si me hubie-

se usted conocido hace treinta años, ya hubiésemos hablado.

María Todo está muy bien; pero ¿y el compromiso de mi hija con don Rafael? Es casi una deuda de honor.

Fel. Por eso no; a nosotros una deuda no nos preocupa, pero...

María Es un muchacho muy rico...

Pepa Hemos averiguao que no tiene dos reales.

Ang. Sí, mamá, y en el automóvil iba con... una mujer a divertirse. Está en la fonda y ha venido a ver cómo estaba Rafael...

Fel. ¡Ah! ¿Una mujer de cierta índole?

Ang. Dice que es artista.

Fel. ¿Y se ha permitido venir? Voy yo a ver a esa señorita...

María Tú no vas a ninguna parte.

Pau. Don Rafael acaba de levantarse y quiere bajar.

Paco Ahora voy yo a decirle cuatro cosas.

Pepa Tú te quedas aquí.

Ang. Yo misma le diré lo que viene al caso.

Fel. (A Pepa.) La indicada para despachar a ese pollo es usted.

Ang. Que se marche en seguida.

María Y que vaya a engañar a otra parte.

Pau. Que ya baja.

Fel. La dejamos a usted con él. Vamos nosotros. Por aquí para que no nos vea. (Se los lleva a todos por la izquierda.)

Pepa Siempre me toca a mí bailar con la más fea.

Raf. Usted perdone... (Lleva puestas una americana y una gorra de forma y dibujos muy llamativos que lució Felipe en el acto anterior.)

Pepa ¿Por quién pregunta usté?

Raf. Por alguno de los señores... (Estornuda.)

Pepa Jesús.

Raf. Gracias. Perdone. ¿Usted quién es?

Pepa La dueña de la finca.

Raf. Caramba, ¿es usted, señora, la marquesa?...

Pepa ¿Marquesa yo? Del pan pringao.

Raf. ¿Eh?

Pepa (Verás, él mismo se va a despedir.) ¿Han sío mis huéspedes los que le han dicho a usté que yo era marquesa? Pues, hijo, le han tomao a usté el pelo. A mí me llaman

la marquesa por mote y ellos pa darse pisto... Son unos cúrsiles.

Raf. No entiendo...

Pepa Usté cree que tién dinero, ¿verdá?

Raf. ¿No?

Pepa Ni un perro.

Raf. Pero si me han asegurado que tenían un hotel y que venían a casa de una marquesa...

Pepa Pues ya ve usté qué palacio y qué marquesao.

Raf. Es inaudito. ¡Qué gente!

Pepa Tal para cual.

Raf. ¿Cómo?

Pepa Que también usté era un vivo...

Raf. ¿Qué quiere usté decir?

Pepa Que pué usté buscar por otro lao la novia rica que le hace falta y que se vaya usté a la fonda pa que no se desconsuele la señora que le acompañaba...

Raf. ¡Ah! ¿Usted sabe?...

Pepa ¿Y usté sabe el camino del pueblo? Antonio, acompaña a este señor al pueblo.

Raf. Que no se moleste. He tenido mucho gusto.

Pepa El gusto ha sido mío... A ver cuándo vuelve usté a caer por aquí. (Vase Rafael por el foro.)

Fel. (Saliendo.) Muy bien, señá Pepa; ha estado usted muy bien.

María Dispensa, pero creo que no había necesidad de decir a ese señor si nosotros somos o no somos y si tenemos o no tenemos...

Pepa Perdonen ustedes si hé mentido, pero como se trataba de despacharle pronto...

Fel. ¿Mentir? ¡Ha hablado usted como el Evangelio!

Ang. Sí, señora, sí; y aun se ha quedado usted corta. Ya es hora de que se acaben las mentiras.

Tomás (Por el foro.) Aquí traigo estos grupos.

Fel. (Aparte a don Tomás.) Por Dios y por todos los santos, no enseñe usted el mío.

María A ver, a ver. ¿Qué es esto? ¡Paulina!

Pepa ¡Abrazando a Antonio!

Pau. ¡La hemos hecho buena!

Pepa ¿Qué indecencias son estas, muchacha?

Ant. Sepa usté, señá Pepa...

María (A Felipe.) ¿Resulta realmente que no hay nada que echarte en cara?

Fel. Nada, mujer, nada; el casto José y yo parientes colaterales.

María ¡Pobrecillo! Perdóname, mi Felipe; puedo llamarte mi Felipe.

Fel. Puedes llamarme lo que quieras.

Enr. (Entra jadeante.) Aquí me tienen ustedes... He venido para poner las cosas en claro... y lograr que se desvanezcan las sospechas...

María No te ahogues, hombre, lo sé todo.

Enr. Que conste que mi suegro no ha abrazado nunca a la señora Pepa.

Fel. Alguna vez habías de decir la verdad.

Enr. Y la prueba de su inocencia aquí la tienen ustedes. (Enseña un cliché.) La mujer a quien abrazaba en el corral es una simple campesina.

Pepa (Mirando la placa.) ¡Toma, si es Rosa! ¡Ahora me explico por qué se pasaba la vida en el gallinero y traía todos los huevos rotos!

Enr. (A don Felipe.) ¿Sé o no arreglar las cosas? (Don Felipe descuelga la escopeta y sale corriendo tras él. Cuadro. Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)
La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)
Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)
Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada (Coliseo del Noviciado.)
Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)
Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)
El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)
La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)
Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)
La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)
El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.)
La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)
El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)
La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)
La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Mounducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio dómestico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.)

Percal y seda, entremés.

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano y al portugués.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo.)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El escándalo, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Ejemplares manuscritos, 15 pesetas.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi (Teatro Eslava.

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)

Queda prohibida en absoluto la venta de est
obra. La tirada se hace exclusivamente para servi
los archivos de las Compañías que la represente
en España, las cuales responderán de los ejempla
res que con tal motivo se les faciliten.